# 1

# Los antiguos cultos agrarios del solsticio de invierno

Durante la Navidad, solsticio de invierno en el hemisferio norte, el sol alcanza su cenit en el punto más bajo y desde ese momento el día comienza a alargarse progresivamente en detrimento de sus noches —hasta llegar al solsticio de verano (21-22 de junio) en que invierte su curso—; el término solsticio significa «sol in-

*Desde la más remota Antigüedad, en el solsticio de invierno se ha celebrado con grandes festejos el nacimiento del Sol y la esperanza que el astro divino trae a la humanidad.*



Digitalizado com CamScanner

móvil» ya que en esos momentos el sol cambia muy poco su declinación de un día a otro y parece permanecer en un lugar fijo del ecuador celeste.

El solsticio hiemal es el acontecimiento cósmico que vivifica la Naturaleza con su luz y su calor, razón por la cual, para todas las culturas antiguas, representaba el auténtico *nacimiento* del sol y, con él, toda la Naturaleza comenzaba a despertar lentamente de su letargo invernal y los humanos veían renovadas sus esperanzas de supervivencia gracias a la fertilidad de la tierra que garantizaba la presencia del astro divino, del dios más arcaico que la humanidad ha venerado.

En el solsticio de invierno todos los pueblos antiguos, adoradores del sol, celebraban el nacimiento del astro rey mediante grandes festejos caracterizados por la alegría general y el protagonismo de las hogueras, alrededor de las cuales se concentraban los lugareños con el fin de manifestar su alborozo y esperanza mediante ceremonias colectivas centradas en cantos y danzas rituales y en la recogida de ciertas plantas *mágicas* como el muérdago.

Era también la época adecuada para realizar pactos protectores con los espíritus de la Naturaleza y con los de los familiares fallecidos (una costumbre de la que derivó, en pueblos como el germano, la fiesta de los difuntos, que la Iglesia católica acabará por transformar en una jornada de tristeza que desplazará hasta el primer domingo de noviembre para poder alejarla de la alegre conmemoración del nacimiento de Jesús).

Los pueblos prerromanos, durante los tres días anteriores al 24 y 25 de diciembre, así como en los posteriores que llevaban hasta el Año Nuevo, festejaban el retorno del *Nuevo Sol* y las fuerzas vegetativas de la Naturaleza. Las grandes hogueras —tal como veremos en el capítulo 11, dedicado al *tió* de Navidad—, al margen de simbolizar el magno acontecimiento, tenían la función de excitar el calor y la fuerza de los rayos de un sol recién nacido que encaraba su curso hacia la primavera inundando la tierra con su poder regenerador. Otro tanto sucedía durante el solsticio de verano[1], época adecuada para mostrarle al divino sol el agradecimiento de quienes habían sobrevivido un año más gracias a su generosa intervención en el ciclo agrícola y ganadero.

Con el inicio de la expansión de la Iglesia católica por todo el continente europeo, los papas no siempre pudieron imponer su fe por la fuerza y a menudo tuvieron que obrar con astucia fingiendo tolerar determinados ritos paganos aunque en realidad los minaban y transformaban progresivamente al entremezclarlos con elementos cristianos añadidos. Una muestra de ello nos la dejó el papa Gregorio I el Grande (590-604) que, aunque siempre ordenó que los paganos fuesen sometidos a castigos y prisión si no se convertían, tuvo que ser más cauteloso durante su conquista evangélica de las almas de los anglosajones, aconsejándole al abad Mellitus, jefe de los propagadores del cristianismo en Gran Bretaña, lo que sigue:

«No hay que destruir los templos paganos de ese pueblo, sino únicamente los ídolos que hay en los mismos; después de asperjar esos templos con agua bendita, erigir altares y depositar reliquias; porque si tales templos están bien construidos, perfectamente pueden transformarse de una morada de los demonios en casas del Dios verdadero, de manera que si el mismo pueblo no ve destruidos sus templos, deponga de su corazón el error, reconozca el verdadero Dios y ore y acuda a los lugares habituales según su vieja costumbre...»

Esta estrategia fue seguida también en la evangelización de las Galias y la Germania, aunque su éxito no fue precisamente clamoroso. Así, por ejemplo, en el primer *Concilium Germanicum*, celebrado en los años 742 y 743, se tuvo que disponer que «el pueblo de Dios no fomente ninguna cosa pagana, sino que rechace y aborrezca toda inmundicia de los gentiles, ya se trate de ofrendas a los muertos o adivinación, de amuletos o signos de protección, de conjuros o sacrificios conjuradores, que gentes necias ofrecen junto a las iglesias y a la manera pagana, invocando a los santos mártires y confesores, con lo que provocan la cólera de Dios y de los santos, para acabar alrededor de los fuegos sacrílegos, que ellos llaman *neid fyr*».

Resulta evidente, pues, que la Iglesia católica, en el siglo VIII, a pesar del gran esfuerzo de Bonifacio —«el apóstol de Germania»—, aún no había podido lograr que los germanos renunciasen a sus prácticas paganas tradicionales ni, mucho menos, a sus ceremonias solsticiales navideñas alrededor de los fuegos sagrados.

En los pueblos germánicos y galos —pero especialmente entre los primeros, ya que fueron menos romanizados y su cristianización fue más tardía, lenta, dificultosa e incompleta—, estas ceremonias solsticiales de adoración al Sol y a las fuerzas ocultas de la Naturaleza prosiguieron hasta bien entrada la Edad Media; en sus formas originales y puras estuvieron vigentes hasta la primera mitad del siglo X, y tomando expresiones externas más o menos matizadas o mediatizadas por el cristianismo han podido sobrevivir hasta nuestros días, *contagiando* de *paganismo* la celebración de la Navidad actual hasta el punto de que, tal como iremos viendo a lo largo de este libro, los mitos solares ancestrales (conservados en su estructura interna aunque desvirtuados en su forma externa y en su significado) siguen siendo los verdaderos protagonistas de los festejos navideños que se celebran en el mundo de hoy.

Desde hace miles de años, y para las culturas y sociedades más diversas, la época de Navidad ha representado el advenimiento del acontecimiento cósmico por excelencia, del hecho más fundamental de cuantos podían garantizar la supervivencia del hombre *pagano* o campesino —*pagus* significa aldea y *paganus* aldeano o rústico—, del nacimiento —o, mejor dicho, renacimiento anual— de la principal divinidad salvadora.

No es ninguna casualidad, por tanto, que el natalicio de los principales dioses solares jóvenes de las culturas agrarias precristianas —como Osiris, Horus, Apolo,





Digitalizado com CamScanner

Mitra, Dionisos/Baco (llamado el *Salvador*), etc.— fuese situado durante el solsticio de invierno. Y es menos casual aún que el natalicio de Jesús-Cristo, el *Salvador* cristiano, se haya concretado en el 25 de diciembre, fecha en la que hasta finales del siglo IV de nuestra era se conmemoró el nacimiento del *Sol Invictus* en el Imperio Romano.

### El advenimiento de los dioses solares siempre se festejó en Navidad

Con el desarrollo de las culturas urbanas, los rituales solsticiales agrarios no desaparecieron sino que se adaptaron a las nuevas circunstancias y necesidades, por eso las fiestas *paganas* más importantes «rebasaron el ámbito campesino y se convirtieron en ciudadanas, de forma que la fecundidad que en origen solicitaban para el campo y el ganado, pasó a comprenderse como prosperidad y riqueza para la ciudad. Estas festividades se concentran sobre todo en invierno, pues la actividad humana sufría en estos meses una bajada en su ritmo, ya que la guerra se detenía, nadie se atrevía a navegar y las faenas agrícolas eran entonces menos intensas. El invierno es en consecuencia un período muy propicio para que las relaciones que se entablan con el mundo sobrenatural sean más estrechas, más íntimas»[2].

Entre las fiestas de los antiguos griegos y romanos que fueron precedentes de la Navidad cristiana debe destacarse, por su importancia social y trascendencia mítica y simbólica, las dedicadas a Dionisos y Saturno.

Dionisos, originado en la fusión de mitos egipcios y helenos, fue un dios del vino, de la vegetación y de la fecundidad, pero también de la muerte, ya que los difuntos y las potencias subterráneas —«infernales», de *inferus*, inferior, puesto que se creía que el mundo de los muertos estaba por debajo de la tierra— eran tenidas por controladoras de la fertilidad.

Su culto arrastraba multitudes e inspiraba ideales de rebeldía que se enfrentaban con el orden establecido, tanto el político (oponiéndose a la clase aristocrática dominante) como el divino (amenazando la supremacía de los dioses olímpicos clásicos). Ya en el siglo IV a.C., en el calendario de Bitinia el mes consagrado a Dionisos comenzaba el 24 de diciembre y tenía 31 días.

En la antigua Atenas —y en el resto de Grecia, aunque con algunas variantes—, el culto popular a Dionisos estaba repartido en cuatro grandes festividades: las Dionisíacas de los campos, las *Leneas*, las *Antesterias* y las Grandes Dionisíacas. Las dos primeras se celebraban alrededor del solsticio invernal, con carácter propiciatorio de la fertilidad/prosperidad y en medio de festejos caracterizados por la gran alegría general; las dos últimas tenían lugar en la primavera y festejaban la resurrección de la naturaleza. Las *Antesterias*, en particular, celebraban el vino nuevo, de la última cosecha, conmemoraban la llegada de Dionisos a Atenas y su hierogamia y, en su tercera jornada, el *Chytroi* («las marmitas»), se recordaba a los difuntos. El ciclo dionisíaco, como vemos, es el mismo que muchos siglos después adoptará el cristianismo al situar la Navidad en el solsticio de invierno y la Pascua de Resurrección en primavera.

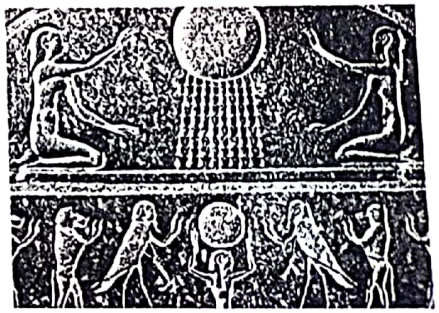
El Saturno romano —equivalente al griego Cronos— fue una antigua divinidad agrícola cuyo nombre está relacionado con *satur* (saciado, harto) y *sator* (sembrador, creador), siendo sinónimo de abundancia. Fue un dios agricultor y plantador de vides *(vitisator)*, un arte que enseñó a los hombres cuando, perseguido por su hijo Júpiter, tuvo que refugiarse en Italia; bajo el apelativo de *Stercutius* presidía el abono de los campos.

Los festejos romanos en honor de Saturno, las *Saturnalia*, fueron en su origen fiestas campestres —*sementivae feriae, consualia larentalia, paganalia*—, pero adquirieron mucha importancia a partir del año 217 a.C., tras la derrota del ejército romano por el cartaginés Aníbal cerca del lago Trasimeno, preludio del desastre de la batalla de Cannas (216 a.C.) que puso fin a la segunda guerra púnica y contribuyó a despertar el espíritu religioso de los romanos.

La celebración de las *Saturnalia* duraba una semana y tenía lugar entre el 17 y el 23 del mes de diciembre. Después de la ceremonia religiosa había grandes festejos y banquetes, se abolían temporalmente las clases sociales y, en los ágapes, los señores servían a sus esclavos —que podían burlarse impunemente de los amos—, cesaba toda actividad pública —en tribunales, escuelas, comercios, operaciones militares, etc.— y no se permitía ejercer ningún arte ni oficio salvo el de la cocina, se imponía el hacerse regalos unos a otros, los ricos convidaban a sus mesas bien surtidas a los pobres que llamaban a sus puertas, se practicaban juegos de azar..., en fin, los antiguos romanos hacían ya más o menos lo mismo que aún se hace actualmente para celebrar la Navidad cristiana.

Si nos remontamos mucho más atrás en la Historia, hasta la época en la que los hombres primitivos —que practicaron cultos naturalistas y adoraron a la esfera solar como deidad— comenzaron a desarrollar el concepto divino bajo formas antropomorfas, observaremos que todas las culturas de la Antigüedad pasaron a identificar a su dios principal, o a alguno de los más importantes de su panteón, con el dios Sol y, en lógica consecuencia, situaron la conmemoración y festejo de su advenimiento alrededor del prodigioso evento cósmico que representaba el solsticio de invierno cada 21-22 de diciembre.

Caldeos, egipcios, cananeos, persas, si-



*Relieve egipcio sobre basalto, del período Ptolemaico, donde se representa al Sol como fuente de la vida.*





Digitalizado com CamScanner

*Isis con su hijo Horus recibiendo ofrendas de los dioses (altorrelieves en el mamisi de Filé, Asuán).*

rios, fenicios, griegos, romanos, hindúes y la práctica totalidad de los pueblos con culturas desarrolladas, entre los que cabe incluir los imperios orientales y las civilizaciones precolombinas —como los aztecas y su máxima deidad Huitzilopochtli, que tantos quebraderos de cabeza dio a los misioneros españoles—, han celebrado durante el solsticio hiemal el parto de la «Reina de los Cielos» y la llegada al mundo de su hijo, el joven dios solar.

En los mitos solares ocupa un lugar central la presencia de un dios joven que cada año muere y resucita, encarnando en sí los ciclos de la vida en la Naturaleza. En las culturas de mitología astral, el Sol representaba el padre, la autoridad y también el principio generador masculino. Durante la Antigüedad, en todo el mundo civilizado, el sol fue el emblema de todos los grandes dioses, y los monarcas de todos los imperios se hicieron adorar como hijos del Sol (identificado siempre con su divinidad principal). En este contexto, la antropomorfización del Sol en un dios hijo joven presenta ejemplos tan conocidos como los de Horus, Mitra, Adonis, Dionisos, Krisna... o el propio Jesús-Cristo[3].

En el Egipto Antiguo se creía que Isis, la virgen Reina de los Cielos, quedaba embarazada en el mes de marzo y daba a luz a su hijo Horus a finales de diciembre. El dios Horus, hijo de Osiris e Isis, era el «gran subyugador del mundo», el que es la «substancia de su padre», Osiris, de quien era una encarnación. Fue concebido milagrosamente por Isis cuando el dios Osiris, su esposo, ya había sido muerto y despedazado por su hermano Seth o Tifón. Era una divinidad casta —sin amores— al igual que Apolo, y su papel entre los humanos estaba relacionado con el Juicio ya que presentaba las almas a su padre, el Juez. Era el *Christos* y simbolizaba el Sol.

Durante el solsticio de invierno, la imagen de Horus, en forma de niño recién nacido, era sacada del santuario para ser expuesta a la adoración pública de las masas. Era representado como un recién nacido (a menudo recostado en un pesebre) con cabello dorado, que tenía un dedo en la boca y el disco solar sobre su cabeza. Los antiguos griegos y romanos lo adoraron también bajo el nombre de Harpócrates, el niño Horus, hijo de Isis. El dios Osiris, dios de la vegetación y de los muertos, padre de Horus, también había nacido de una virgen en el solsticio hiemal.

Mitra, uno de los principales dioses de la religión irania anterior a Zaratustra, desarrollado a partir del antiguo dios funcional indoiranio Vohu-Manah[4], objeto de un culto aparecido unos mil años antes de Cristo y que, tras pasar por diferentes transformaciones, pervivió con fuerza en el Imperio romano hasta el siglo IV d.C., era una divinidad de tipo solar —tal como lo atestigua, entre otros, su cabeza de león— que hizo salir del cielo a Ahrimán (el mal), tenía una función de deidad que cargaba con los pecados y expiaba las iniquidades de la humanidad, era el principio mediador colocado entre el bien (Ormuzd) y el mal (Ahrimán), el dispensador de luz y bienes, mantenedor de la armonía en el mundo y guardián y protector de todas las criaturas, y era una especie de mesías que, según sus seguidores, debía volver al mundo como juez de los hombres. Sin ser propiamente el Sol, representaba a éste y era invocado como tal. El dios Mitra hindú, como el persa, era también una divinidad solar, tal como lo demuestra el hecho de ser uno de los doce Adityas, hijos de Aditi, la personificación del Sol.

Muchos siglos antes que Jesús-Cristo, el dios Mitra, según su leyenda popular, ya había nacido de virgen un 25 de diciembre, en una cueva o gruta, siendo adorado por pastores y magos, obró milagros, fue perseguido, acabó siendo muerto, resucitó al tercer día...

Todas las personificaciones de dioses solares acaban por ser víctimas propiciatorias que expían los pecados de los mortales, cargando con sus culpas, y son muertos violentamente y resucitados posteriormente. Así, Osiris nació en el mundo como un Salvador o Libertador venido para remediar la tribulación de los humanos, pero en su lucha por el bien se topó con el mal (encarnado en su propio hermano Seth o Tifón, que acabaría identificándose con Satán), que le venció temporalmente y le mató; depositado en su tumba, resucitó y ascendió a los cielos al cabo de tres días (o cuarenta, según otras leyendas).

El dios hindú Shiva, en un acto de supremo sacrificio, según cuenta el *Bhâgavata-Purâna,* ingirió una bebida envenenada y corrosiva que había surgido del océano para causar la muerte del universo —de ahí el epíteto de Nîlakantha («cuello azul») por el que también se conoce a Shiva y que fue el resultado del veneno absorbido—, tragedia que el dios evitó con su autoinmolación y vuelta a la vida.

Baco, otro dios solar destinado a cargar con las culpas de la humanidad, también fue asesinado —y su madre recogió sus pedazos, tal como había hecho Isis con los trozos del cadáver de Osiris— para renacer resucitado. Ausonius, una forma de Baco (y equivalente a Osiris), era muerto en el equinoccio de primavera (21 de marzo) y resucitaba a los tres días. Idéntica suerte le había estado reservada a Adonis (equivalente al dios etrusco Atune o al sirio Tammuz), a Dionisos o al frigio Atis y a una larga lista de seres divinos que, como Krisna —muerto atado a un árbol y con su cuerpo atravesado por una flecha— o como Jesús-Cristo —muerto en la cruz de madera y lanceado—, fueron todos ellos condenados a muerte, llorados y restituidos a la vida.

Son dioses que descendieron al *Hades* y regresaron otra vez llenos de vigor, tal





Digitalizado com CamScanner

como hace la Naturaleza con sus ciclos estacionales anuales. Todos ellos habían nacido, según el mito, durante el solsticio de invierno, fecha en la que algunas tradiciones tardías también sitúan el natalicio de Buda.

### El natalicio de Jesús un 25 de diciembre no se fijó hasta el siglo IV

En el siglo II de nuestra era, los cristianos sólo conmemoraban la Pascua de Resurrección y su misterio, ya que consideraban irrelevante el momento del nacimiento de Jesús y, además, desconocían absolutamente cuándo pudo haber acontecido.

*El papa Fabián calificó de sacrílegos a quienes pretendieron fijar una fecha para el natalicio de Jesús.*

Durante el siglo siguiente, al comenzar a aflorar el deseo de celebrar el natalicio de Jesús de una forma clara y diferenciada, algunos teólogos, basándose en los textos de los *Evangelios,* propusieron datarlo en fechas tan distintas como el 6 y 10 de enero, el 25 de marzo, el 15 y 20 de abril, el 20 de mayo y algunas otras. El sabio Clemente de Alejandría (150-215) no quiso quedar al margen de la polémica y postuló el día 25 de mayo. Pero el papa Fabián (236-250) decidió cortar por lo sano tanta especulación y calificó de sacrílegos a quienes intentaron determinar la fecha del nacimiento del nazareno.

A pesar de la disparidad de fechas apuntadas, todos coincidieron en pensar que el solsticio de invierno era la fecha menos probable si se atendía a lo dicho por Lucas en su evangelio: «Había en la región unos pastores que pernoctaban al raso, y de noche se turnaban velando sobre el rebaño. Se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvía con su luz...» (*Lc* 2,8-14)[5].

Si los pastores dormían al raso cuidando de sus rebaños, para que el relato de *Lucas* fuese cierto y/o coherente debía referirse a una noche de primavera —de ahí las fechas posteriores al día 21 de marzo, equinoccio primaveral e inicio de esta estación—, ya que a finales de diciembre, en la zona de Belén, el excesivo frío y las todavía abundantes lluvias invernales impedían cualquier posibilidad de pernoctar al raso con el ganado.

Forzando la escena relatada por Lucas

*El nacimiento de Jesús, centro de la Navidad cristiana, según una pintura de Lorenzo da Costa (c. 1490).*

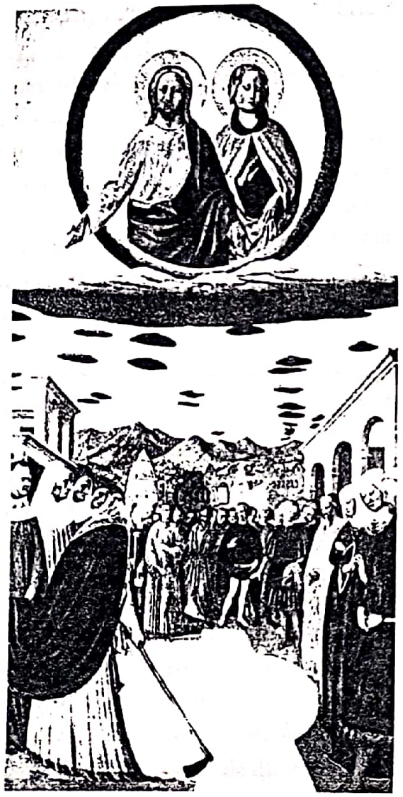
hasta el límite de la sutileza, otras Iglesias cristianas ajenas a la católica —como la Iglesia armenia— fijaron la conmemoración de la Natividad en el día 6 de enero ya que, según su deducción, aunque no es posible situar el relato de *Lucas* en la estación más fría y lluviosa del año en las tierras de Judea, sí puede ser creíble situando el nacimiento de Jesús un poco más tarde, en enero y en el Oriente Medio, un tiempo y un lugar donde es muy probable la existencia de cielos nocturnos claros y sin borrascas, aunque todavía haga frío, eso sí. Con el mismo argumento, en otras Iglesias orientales, egipcios, griegos y etíopes propusieron fijar el natalicio en el día 8 de enero. Eutiquio, patriarca de Alejandría, en el siglo X aún defendía esta fecha como la única verdadera.

Basándose también en *Lucas,* la Iglesia oriental empleó otro argumento todavía más peculiar para defender la fecha del 6 de enero. Cogiendo al vuelo la afirmación de Lucas cuando escribió que «Jesús, al empezar, tenía unos treinta años» (*Lc* 3,23), dedujeron, de alguna manera sin duda milagrosa, que Jesús murió cuando tenía «exactamente» treinta años, contados éstos desde el día de su concepción, y, dado que la fecha de la crucifixión la habían fijado el 6 de abril (¡¿?!), sólo tuvieron que añadir los nueve meses exactos de gestación para llegar hasta el tan celebrado 6 de enero.



Digitalizado com CamScanner

Dejando al margen la vía para calcular tan preciado día, lo cierto es que la fecha del 6 u 8 de enero —la primera que la cristiandad celebró— tenía mucho sentido ya que, en la Alejandría egipcia (cuna de aspectos fundamentales de la doctrina cristiana), se festejaba con toda pompa el festival de Core «la Doncella» —identificada con la diosa Isis— y el nacimiento de su nuevo *Aion*, que era una personificación sincrética de Osiris.



*Durante el pontificado de Liberio, en el siglo IV, se adoptó el 25 de diciembre como natalicio de Jesús.*

San Epifanio, refiriéndose al festival de Core, escribió en *Penarion* 51: «la víspera de aquel día era costumbre pasar la noche cantando y atendiendo las imágenes de los dioses. Al amanecer se descendía a una cripta y se sacaba una imagen de madera, que tenía el signo de una cruz y una estrella de oro marcada en las manos, rodillas y cabeza. Se llevaba en procesión, y luego se devolvía a la cripta; se decía que esto se hacía porque *la Doncella* había alumbrado al *Aion*».

Entrado ya el siglo IV, cuando ya se había concluido lo substancial del proceso de trasvase de mitos desde los dioses solares jóvenes precristianos hacia la figura de Jesús-Cristo[6], se decidió fijar una fecha concreta —y acorde a su nueva concepción mítica— para el natalicio de Jesús. Dado que al judío Jesús histórico se le había adjudicado toda la carga legendaria que caracterizaba a su máximo competidor de esos días, el dios Mitra, lo lógico fue hacerle nacer el mismo día en que se celebraba el advenimiento de ese joven dios.

A más abundamiento, cabe recordar que la figura de Jesús no fue oficialmente declarada como consubstancial con Dios hasta el año 325, cuando el emperador Constantino convocó el concilio de Nicea y ordenó a todos los obispos asistentes que acatasen el entonces muy discutido y discutible dogma de que el Padre y el Hijo compartían la misma substancia divina[7].

De esta forma, entre los años 354 y 360, durante el pontificado de Liberio (352-366), se tomó por fecha inmutable la de la noche del 24 al 25 de diciembre,

*El papa Juan I, en el siglo VI, proclamó que la Encarnación de Jesús se produjo un 25 de marzo del año 754 de la fundación de Roma.*



Digitalizado com CamScanner

día en que los romanos celebraban el *Natalis Solis Invicti*, el nacimiento del Sol Invencible —un culto muy popular y extendido al que los cristianos no habían podido vencer o proscribir hasta entonces— y, claro está, la misma fecha en la que todos los pueblos contemporáneos festejaban la llegada del solsticio de invierno.

Según algunos autores, en la elección del 25 de diciembre —hecho que sitúan en el año 345, bajo el papa Julio I— tuvo una influencia decisiva Juan Crisóstomo (del que sabemos que defendió esta fecha, frente a la del 6 de enero, en, al menos, escritos del año 375) y Gregorio Nacianceno —uno de los tres padres capadocios que elaboraron la doctrina trinitaria clásica a finales del siglo IV—, pero lo más plausible es que ambos personajes no intervinieran en la datación del natalicio aunque sí actuasen como fervientes defensores del 25 de diciembre a posteriori.

En cualquier caso, san Agustín (354-430) sí debía tener muy claro el verdadero origen de la Navidad católica, sobrepuesta al *Natalis Solis Invicti*, cuando exhortó a los creyentes a que ese día no lo dedicasen «al Sol, sino al Creador del Sol».

Con la instauración de la Navidad también se recuperó en Occidente la celebración de los cumpleaños, aunque las parroquias europeas no comenzaron a registrar las fechas de nacimiento de sus feligreses hasta el siglo XII.

A pesar de haberse fijado ya como inmutable la fecha del 25 de diciembre —o quizá por esa misma razón—, las especulaciones en torno al natalicio de Jesús prosiguieron durante muchos siglos después. El papa Juan I (523-526), decidido a averiguar la verdad, le encargó una investigación al monje Dionysius *Exiguus* (Dionisio el Pequeño) que, tras un curioso proceso de *razonamiento*, concluyó que el año de la Encarnación había sido el 754 de la fundación de Roma, y que la Encarnación misma había tenido lugar el 25 de marzo y el nacimiento, el 25 de diciembre, eso es después de una gestación matemáticamente exacta de nueve meses.

La peculiar datación de Dionisio el Pequeño también dejó en herencia otra fecha famosa, la de los 33 años de Jesús en el momento de ser crucificado, pero hoy ya está bien demostrado que los cálculos del monje romano fueron errados hasta en lo más evidente y que Jesús tenía entre 41 y 45 años cuando fue ejecutado[8].

En el siglo XVI, un erudito como José Scaligero aún se ocupó del asunto y afirmó que Jesús había nacido a finales de septiembre o principios de octubre. Más prudente, el gran sabio y teólogo Bynaeus (1654-1698), después de analizar todo lo escrito al respecto, concluyó que «puesto que la Escritura calla sobre esto, callemos también nosotros»[9]. La fecha del 25 de diciembre, fijada a finales del siglo IV, ya era inamovible para el orbe católico (aunque no fuese aceptada por las Iglesias cristianas orientales que siguen celebrando el natalicio de Jesús el 6 de enero).

En un principio, la festividad de la Navidad tuvo un carácter humilde y campesino, pero a partir del siglo VIII comenzó a celebrarse con la pompa litúrgica que ha llegado hasta hoy, creando progresivamente la iluminación y decoración de los templos, los cantos, lecturas, misterios y escenas piadosas que dieron lugar a representaciones al aire libre del nacimiento del portal de Belén.



## NOTAS

1. En el solsticio de verano, desde milenios atrás, había igualmente grandes celebraciones paganas en torno al fuego, pero esa tradición fue ahogada por la Iglesia católica cuando le implantó encima la festividad de San Juan (que en muchas regiones, como en todo el Levante español, aún tiene las hogueras como rito festivo central).

2. *Cfr.* Blázquez, J. M., Martínez-Pinna, J. y Montero, S. (1993). *Historia de las religiones antiguas. Oriente, Grecia y Roma.* Madrid: Cátedra, p. 311.

3. A propósito de la continuidad mítica de la figura de Jesús-Cristo en relación a los modelos anteriores de dioses solares jóvenes, puede consultarse el estudio publicado en Rodríguez, P. (1997). *Mentiras fundamentales de la Iglesia católica.* Barcelona: Ediciones B., pp. 113-151.

4. Vohu-Manah, al igual que Horus y demás dioses-hijo, entre los que cabe situar a Jesús-Cristo, cumplía un papel fundamental como intermediario entre los humanos y el dios-padre con respecto al «Juicio final», así, según se creía, cuando un alma llegaba al cielo, Vohu-Manah se levantaba de su trono, la tomaba de la mano y la conducía hasta el gran dios Ahura-Mazda y su corte celestial.

5. Salvo indicación en contra, todas las citas bíblicas referenciadas en este libro pertenecen a la 36.ª edición de la versión Nácar-Colunga de la *Biblia* [*Cfr.* Nácar, E. y Colunga, A. (1979). *Sagrada Biblia.* Madrid: Edica].

6. *Cfr.* Rodríguez, P. (1997). *Mentiras fundamentales de la Iglesia católica.* Barcelona: Ediciones B., pp. 137-151.

7. *Ibid.*, pp. 207-222.

8. *Ibid.*, pp. 172-174 y 182-183.

9. *Cfr.* Bynaei, *De Natali J.C.*, libro I, capítulo IV, pp. 403-414.



Digitalizado com CamScanner

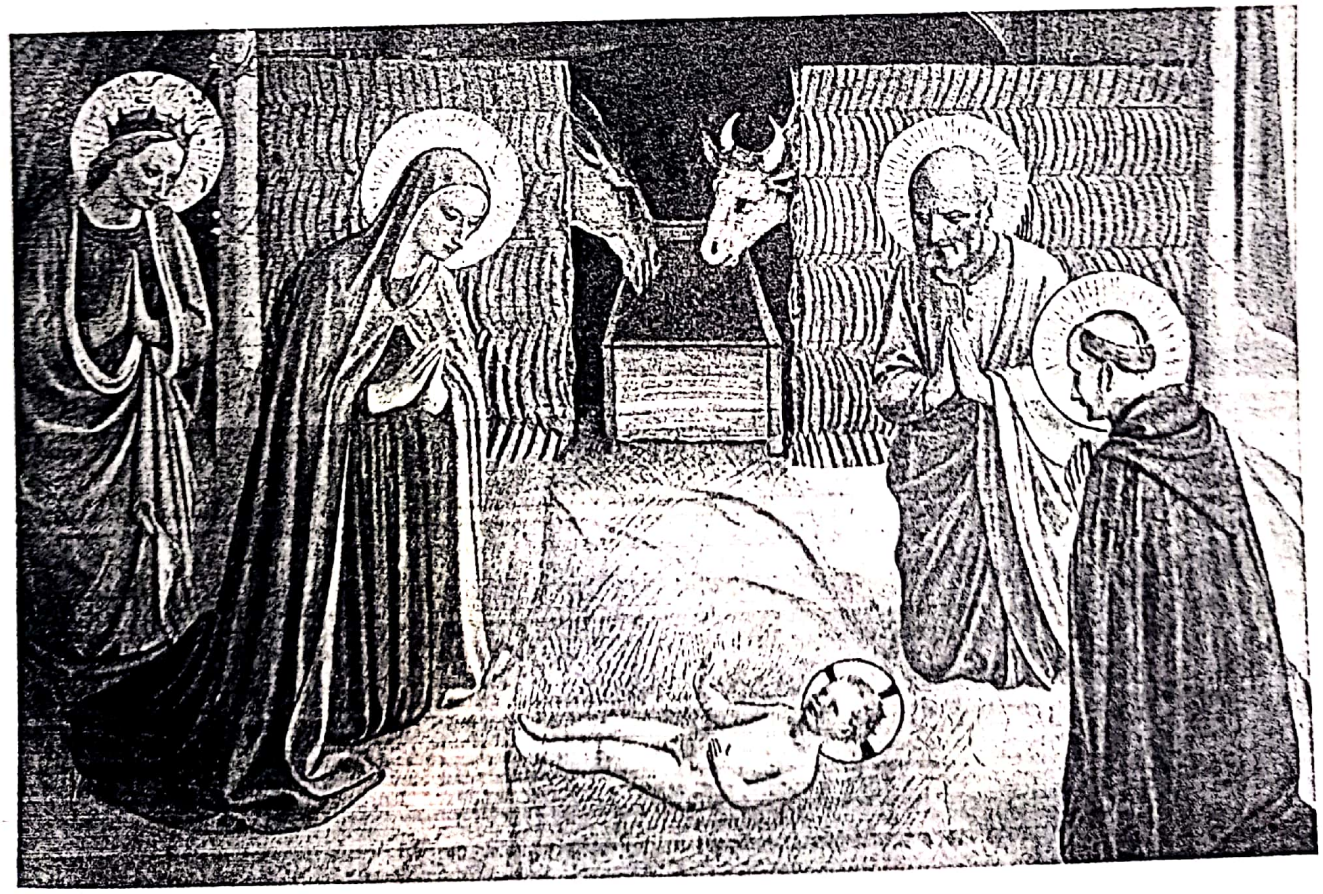
BIBLORED

# 2

# El nacimiento prodigioso de Jesús de Nazaret

A pesar de todo lo dicho hasta aquí —y, precisamente, porque todo ello fue así—, la celebración de la Navidad, para la cultura cristiana, dejó de tener una connotación solsticial formal y pasó a basarse y centrarse en la conmemoración del natalicio de Jesús de Nazaret.

Para acercarnos al nacimiento de Jesús sólo disponemos de las informaciones que reseñaron Mateo y Lucas en sus



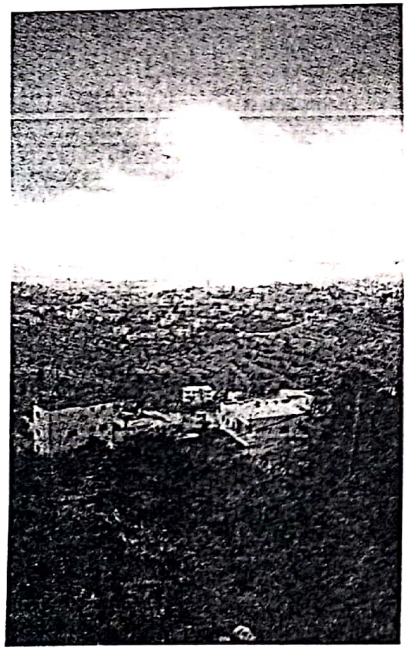
*Escena del nacimiento de Jesús, según la representó Fra Angélico a mediados del siglo XV.*



Digitalizado com CamScanner

respectivos *Evangelios* —escritos hacia el año 90 el primero y a finales del siglo I el segundo—, pero esos relatos, al margen de no aportar ningún dato histórico riguroso, se reducen al ámbito mítico y se contradicen ampliamente entre sí.

En cualquier caso, dado que sobre esos textos se ha fundamentado la Navidad, desde ellos también partiremos nosotros para adentrarnos en la exposición del nacimiento prodigioso de Jesús que, cada diciembre, viene a recordarnos nuestros mejores sentimientos y deseos.



*Vista general del pueblo de Belén desde su acceso por la carretera de Jerusalén.*

## Año 6 a.C., en un lugar desconocido (que no fue Belén)

Aunque la tradición nos ha llevado a creer que Jesús nació en el primer año de nuestra era, lo cierto es que no fue así, ni mucho menos, si nos atenemos a los únicos datos conocidos sobre el particular, eso es a las informaciones vagas y contradictorias reseñadas por sus dos únicos *biógrafos*, Mateo y Lucas, que, además, situaron el domicilio habitual de José y María en dos lugares diferentes y muy distantes entre sí: Belén (Judea) y Nazaret (Galilea).

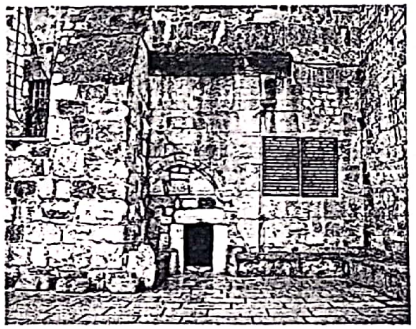
Según el texto de *Lucas*, «aconteció, pues, en los días aquellos que salió un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo. Este empadronamiento primero tuvo lugar siendo Cirino gobernador de Siria (...). José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, por ser él de la casa y de la familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Estando allí, se cumplieron los días de su parto, y dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón» (*Lc* 2,1-7).

Dado que el censo al que se refiere Lucas fue llevado a cabo por Publio Sulpicio Cirinio en el año 6-7 d.C. —y sólo se aplicó en Judea (súbdita de Roma) y no en Galilea (que dependía del tetrarca Herodes Antipas)—, según consta en la crónica histórica de Flavio Josefo[1], parece claro que ésa fue la fecha del nacimiento de Jesús. Pero, sin embargo, si hacemos caso a unos versículos anteriores del propio Lucas, en los que trata de la anunciación a la madre de Juan Bautista y a la de Jesús, vemos que sitúa ambos, con seis meses de diferencia (*Lc* 1,26), «en los días de Herodes, rey de Judea» (*Lc* 1,5), monarca que murió en el año 4 a.C. De esta forma, un mismo evangelista, en las cuatro primeras páginas de su texto, dató el nacimiento de Jesús en dos fechas separadas entre sí un mínimo de diez años.

Mateo fijó el natalicio de Jesús «en los días del rey Herodes» (*Mt* 2,1) y, por tanto, antes del año 4 a.C., aunque, según él, José y María se establecieron en Galilea después del nacimiento de Jesús y no antes[2]. Así pues, de acuerdo a las dos únicas fuentes disponibles, el nacimiento de Jesús quedó situado dentro de un arco que abarca diez años o más de diferencia, y se localizó la residencia de sus padres en dos puntos opuestos de Palestina.

Los principales expertos actuales fechan el natalicio de Jesús entre el año 9 y el 5 a.C., habiendo un gran consenso alrededor del año 7 o 6 a.C., lo sitúan en el contexto de la población judía de Palestina, y piensan que Jesús residió en Nazaret (Galilea), hasta una edad de cuarenta años, poco más o menos, trabajando en el oficio familiar de carpintero-albañil —una actividad que le sitúa entre las clases medias palestinas— hasta que lo dejó todo para irse al encuentro de Juan el Bautista, tras lo cual inició el corto período —alrededor de dos años— de vida pública que relatan los *Evangelios*.

Sin embargo, el lugar de nacimiento de Jesús sigue siendo todavía muy discutido por los expertos. Aunque la opinión predominante rechaza Belén y señala Nazaret como el pueblo más probable, no se descarta del todo Cafarnaún, situada en Gue Netsareth, eso es en el valle junto al



*Iglesia de Belén, construida sobre el lugar donde una tradición tardía supuso emplazado el famoso portal.*

*Enclave dentro de la iglesia de Belén que pretende señalar con exactitud el punto que ocupó el pesebre de Jesús.*

lago Genesaret. Las razones para hacer estas afirmaciones tan discrepantes de la leyenda canónica son de peso:

Tanto Marcos (*Mc* 1,9) como Juan (*Jn* 1,45) señalaron rotundamente que Jesús era oriundo de Nazaret (Galilea) y no de





Digitalizado com CamScanner

Belén (Judea) y Lucas (*Lc* 2,4) situó a José y María viviendo en Nazaret antes del parto. Hijo de galileos, Jesús desarrolló la práctica totalidad de su vida pública conocida en Galilea y sus discípulos también fueron galileos. Si nos remitimos al famoso censo de Cirinio, vemos que se hizo con la finalidad puramente fiscal de proporcionar a los romanos una relación de bienes de los residentes en Judea; no fue un empadronamiento de personas sino, tal como anotó Flavio Josefo, «de todos los bienes de los particulares»[3]. ¿Qué fue a hacer, pues, una familia residente en Galilea, como la de José, yéndose a empadronar a Judea, donde no vivían antes ni lo harían después? Nada, obviamente.

Para la mayoría de los expertos, situar en Belén, la ciudad de David, el nacimiento de Jesús —cosa que sólo hacen Mateo y Lucas— se justifica no porque fuese cierto el hecho, ni mucho menos, sino porque fue necesario para poder forzar el cumplimiento de algunas *profecías* —como las de II *Sam* 7; *Is* 9,5-6; *Miq* 5,1— imprescindibles para otorgar a Jesús la descendencia davídica y, consecuentemente, validar el mesianismo que le adjudicaron sus seguidores[4].

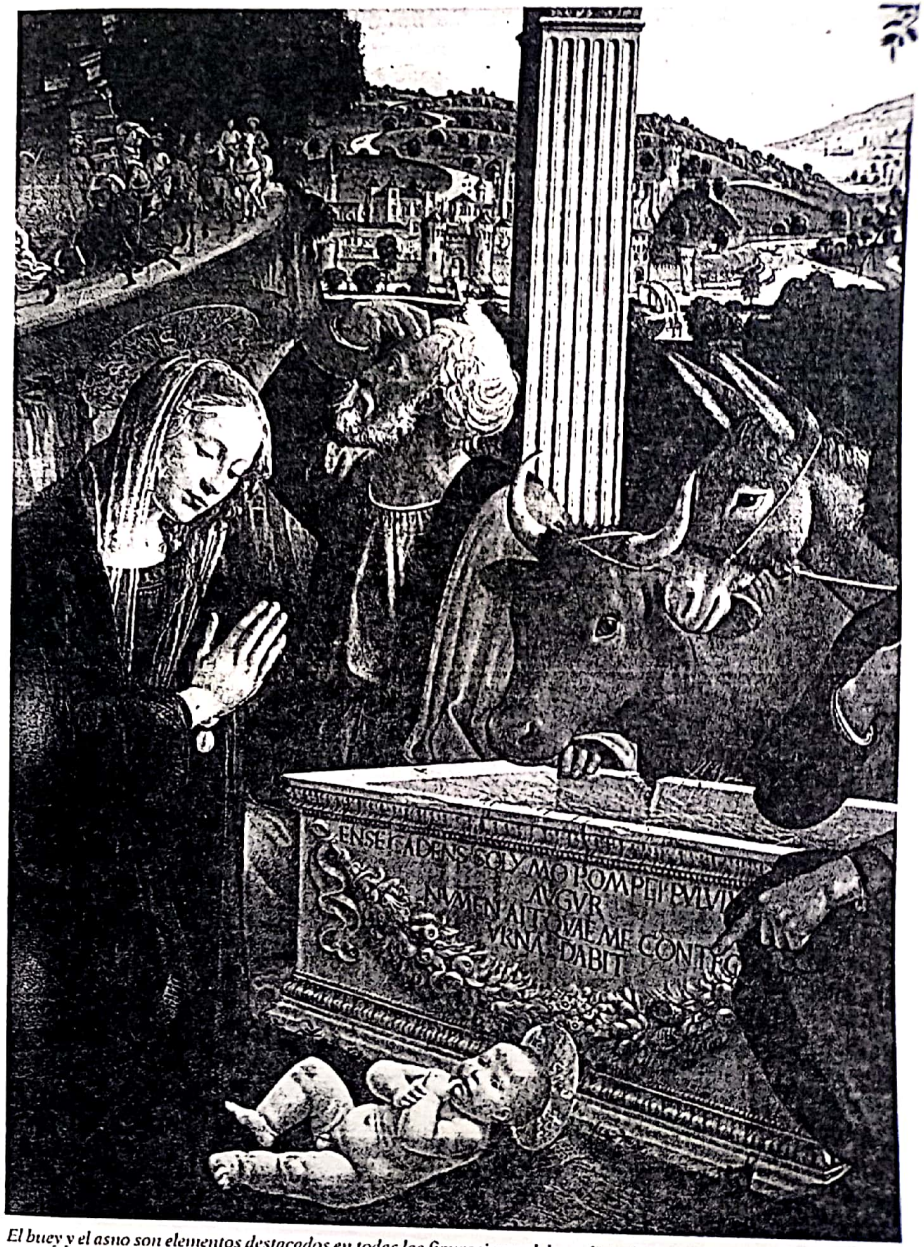
Pero, sin embargo, la candidatura de Nazaret también tiene sus puntos débiles. En la descripción geográfica que el meticuloso historiador Flavio Josefo hizo de Galilea se citan sesenta y tres poblaciones, pero no Nazaret, por lo que muchos suponen que en tiempos de Jesús era absolutamente insignificante o no existía (aunque sí pudo tener alguna entidad cuando se escribieron los *Evangelios* a finales del primer siglo, dado que, por ejemplo, Julio el Africano la citó dos siglos y medio después). Tampoco se encuentra ninguna referencia de Nazaret en el *Antiguo Testamento* ni en el *Talmud*, y los trabajos arqueológicos sobre la actual Nazaret remontan su origen, como máximo, al siglo IV, a la época bizantina.

Las dudas razonables acerca de que Jesús de Nazaret hubiese nacido en la localidad que le dio el apodo llevan a otra conjetura interesante. En la vida conocida de Jesús fue fundamental la zona de Cafarnaún, situada, como ya mencionamos, en Gue Netsareth, eso es en el valle junto al lago Genesaret —denominado también mar de Galilea o lago Tiberíades—, pero si ése fuese su origen tendría que haber sido llamado Jesús de Gue Netsareth —o de Genesaret— y tal posibilidad hubiese resultado demasiado provocadora y peligrosa en la época en que se escribieron los *Evangelios* ya que, en tiempos de Jesús, Genesaret fue el centro geográfico de la actividad revolucionaria y violenta de los zelotes. Llamarle Jesús de Nazaret —y, además, hacerle nacer en Belén— cubría perfectamente las apariencias.

El gran teólogo católico Hans Küng estaba sobrado de razón cuando, en 1975, en su libro *Christ sein,* afirmó que «estos relatos de la natividad, como parte de la proclamación y símbolo de la fe, no pretendían ser históricos sino, ante todo, salvaguardar una verdad: el mensaje de la salvación del hombre».

En Navidad, por tanto, si se quiere ser






*El buey y el asno son elementos destacados en todas las figuraciones del natalicio de Jesús. La escena es un detalle de la* Adoración de los pastores *de Ghirlandaio (1485).*

Digitalizado com CamScanner

no aparece descrita en ninguno [illegible]

algo más riguroso con lo que se conmemora, deberá adelantarse el calendario al menos seis años. Mentalmente tendremos que situarnos en algún lugar de Galilea —¿Nazaret?, ¿Cafarnaún?, ¿¡!?, pero no en Belén, según parece—, en el año 6 antes de nuestra era y, para ser fieles a la fecha impuesta desde finales del siglo IV, imaginarnos un diciembre con climatología excepcional y milagrosamente benigna.

### La cueva, el buey y el asno

Si nos atenemos a los textos evangélicos, no hay forma posible de saber dónde nació Jesús ni en qué condiciones. Mateo, al hablar de la estrella de Belén, sólo dijo que «vino a pararse encima del lugar donde estaba el niño» (*Mt* 2,9), pero no dio el menor indicio ni descripción acerca de un lugar tan extraordinariamente importante. Y Lucas, por su parte, se limitó a decir que «dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón» (*Lc* 2,7); resultando como mínimo increíble que, en un país donde la hospitalidad con el forastero era sagrada, nadie acogiese en su casa a una mujer a punto de parir.

Sin embargo, a pesar del injustificable silencio de los evangelistas acerca del lugar que vio nacer a Jesús —y de la muy escasa probabilidad de que tal suceso aconteciese en Belén de Judea—, una tradición cristiana tardía dio por cierta la suposición de que el natalicio tuvo lugar en alguna de las muchas cuevas calizas que existen en las cercanías de Belén. Sobre esta leyenda se construyó la basílica de la Natividad de Belén, en la actual Cisjordania, edificada sobre la gruta en la que se cree que nació Jesús (¡¿?!).

Este templo está bajo el cuidado de clero católico (franciscanos), armenio y griego, que se ocupan del culto de la basílica por rigurosos turnos... y, dadas sus discrepancias seculares en casi todo, el edificio se ha ido deteriorando grave y progresivamente ante su incapacidad para tomar acuerdos comunes (es indicativo que la llave de la puerta esté en manos de un musulmán, que es el encargado de abrirla y cerrarla; de otra forma, el templo hubiese dejado de ser operativo hace ya ocho siglos).

Que al futuro Salvador de la humanidad, según la leyenda cristiana, se le hiciese nacer en una cueva no fue nada baladí, ni mucho menos. En la época que se conformó el Jesús-Cristo mítico, tal como se ha dicho, muchos hijos de Dios anteriores —Mitra, Adonis, etc.— ya habían nacido y/o sido criados en grutas. El culto de Mitra —el más importante competidor del cristianismo de aquellos primeros días y fuente directa de la que bebieron muchos de sus mitos y ritos— se celebraba en los mitraeos o cavernas, lugar en el que, entre escenas parecidas a las de la natividad de Jesús, también había nacido, un 25 de diciembre, pero muchos siglos antes, el divino Mitra. De hecho, no faltan los autores que sostienen que la basílica de la Natividad de Belén fue construida sobre la caverna que albergó un antiguo mitraeo[5].

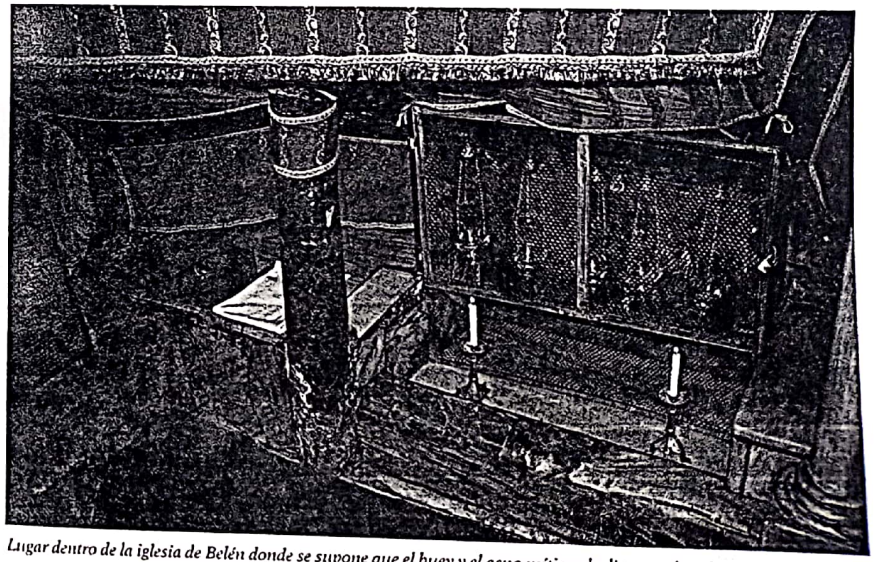


Por otra parte, la mayoría de los mitólogos y estudiosos de las manifestaciones religiosas prehistóricas coincide en señalar que las cuevas no sólo sirvieron como abrigo a los hombres primitivos sino que, mucho más importante, fueron sus primeros templos, el lugar sagrado donde todavía encontramos algunos restos de su arte parietal y mobiliario, cuyo significado real quizá no llegará a descifrarse jamás.

La caverna, gruta o cueva representa un arquetipo de la matriz materna y figura en los mitos de origen, renacimiento e iniciación de muchas culturas antiguas de todo el mundo, siendo también el lugar por excelencia donde se produce el pasaje entre la tierra y el cielo y viceversa. Un lugar obligado, por tanto, para situar la escenificación del nacimiento del niño-dios Jesús.

Habiendo sobrevenido el nacimiento de Jesús, según la tradición católica, mientras sus padres estaban refugiados en una cueva que contenía un pesebre por todo mobiliario, y estando aparentemente faltos de medios materiales y de calefacción (a pesar de que ese diciembre tuvo que ser especialmente benigno, tal como ya tuvimos que aceptar, crédulamente, en el capítulo primero, si se quería hacer coherente el relato de Lucas), se nos aparece como muy *lógica* la escena de los dos animales estabulados que calentaron devotamente al niño recién nacido con su aliento.

Pero tan bella estampa, popularizada por el arte religioso y los belenes navideños, a pesar de ser tan querida por la Iglesia y por sus fieles y de haber sido consagrada por una práctica litúrgica universal,



*Lugar dentro de la iglesia de Belén donde se supone que el buey y el asno míticos le dieron calor al niño recién nacido.*



Digitalizado com CamScanner

no aparece descrita en ninguno de los *Evangelios* canónicos que los católicos veneran como inspirados por Dios. Su origen, curiosamente, hay que situarlo en unos pasajes de un evangelio que la Iglesia declaró falso en el siglo IV.

El texto al que debemos la historia de la Navidad tal como se la conoce hasta el día de hoy es el evangelio apócrifo denominado *Pseudo-Mateo,* donde, en su capítulo XIV, se lee: «El tercer día después del nacimiento del *Señor,* María salió de la gruta, y entró en un establo, y depositó al niño en el pesebre, y el buey y el asno lo adoraron. Entonces se cumplió lo que había anunciado el profeta Isaías: "El buey ha conocido a su dueño y el asno el pesebre de su señor." Y estos mismos animales, que tenían al niño entre ellos, lo adoraban sin cesar. Entonces se cumplió lo que anunció Habacuc: "Te manifestarás entre dos animales." Y José y María permanecieron en este sitio con el niño durante tres días.»[6]

La escena entronca, sin duda, con la tradición agraria de los animales adoradores y/o auxiliadores de personajes extraordinarios que existía ya en todas las culturas anteriores al cristianismo. Desde la cercana leyenda romana de Rómulo y Remo, hijos gemelos de Rea Silvia y del dios Marte y fundadores de Roma, que, al nacer, fueron lanzados al río Tíber dentro de una cesta de mimbre, siendo salvados y amamantados por una loba antes de que el pastor Fáustulo los encontró y crió; hasta las leyendas esparcidas por toda Asia que reproducen tradiciones antiquísimas como las de Tchu-Mong (Corea), Tong-Ming (Manchuria) o Heu-tsi (China). De este último, por ejemplo, se cuenta que «su dulce madre lo trajo al mundo en un pequeño establo al lado del camino; los bueyes y corderos lo calentaron con su aliento. Acudieron a él los habitantes de los bosques, a pesar del rigor del frío, y las aves volaron hacia el niño como para cubrirlo con sus alas»[7].

Los primeros cristianos se limitaron a recoger este tipo de episodio de la exposición a los animales de alguna de las muchísimas tradiciones que circulaban en esa época y la añadieron al conjunto de rasgos míticos con que rodearon a la figura del Jesús divino. Pero, tal como era su inveterada costumbre, intentaron certificar la *verdad* del hecho acudiendo a los profetas.

Revisaron la *Biblia* —dado que eran cristianos helenizados recurrieron a su traducción griega de los *Setenta*— y encontraron un versículo fascinante en medio del texto más minúsculo de las *Escrituras,* en el de *Habacuc,* donde se *profetizaba*: «Te manifestarás en medio de los animales», que era una traducción absolutamente errónea del original hebreo que decía —y sigue diciendo en las biblias actuales— «Yo, ¡oh Yavé!, oí tu renombre y he temido, ¡oh Yavé!, tus obras. Dales existencia en el transcurso de los años, manifiéstalas en medio de los tiempos» (*Hab* 3,2).

El haber partido de un error de bulto en la *profecía* que confundía manifestarse en medio de los tiempos con hacerlo entre las bestias —y que, en todo caso, podría referirse a cualquier «obra de Yahveh» que pudiese suceder en el universo—, se agravó sobremanera cuando relacionaron lo que jamás dijo Habacuc con lo que nunca pretendió afirmar Isaías, del que se tomó como *profética* la primera mitad de una frase que dice: «Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo, pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento» (*Is* 1,3). El sentido crítico hacia Israel de la frase completa de *Isaías* resulta bien obvio, pero para los cristianos se convirtió en la *profecía* que garantizó la veracidad de sus creencias sobre el pesebre navideño.

En los *Evangelios,* por tanto, no hay ningún texto que pueda justificar la escenificación del nacimiento de Jesús en una cueva o la abnegada colaboración del buey y el asno dando calor al niño divino, pero el belén navideño está por encima de esas minucias. Lo que nunca fue, lleva ya unos mil quinientos años siendo, y así seguirá.

## La Virgen y el Niño, una alegoría milenaria

Ninguna imagen parece tan originalmente cristiana ni representativa de la Navidad como la bella alegoría de la madre Virgen con el Niño divino recostado en el pesebre o siendo acunado entre sus amorosos brazos. Pero, sin embargo, muchos siglos antes de la llegada del cristianismo, esta misma iconografía ya enternecía los corazones de los creyentes, en buena parte de las culturas del mundo antiguo, cuando llegaba el solsticio de invierno.

Si contemplamos sin prejuicios religiosos las representaciones de Isis amamantando a Horus que se exponen en el museo egipcio de El Cairo, veremos que son un antecedente iconográfico prodigioso de las escenas que, muchos siglos después, representarán a la Virgen y el niño Jesús. Pero puede resultar aún más chocante darse cuenta de que este tipo de escenas, con diosa e hijo, son mucho más antiguas y estaban ya presentes en culturas con cultos agrarios poco desarrollados; en este sentido puede verse, por ejemplo, la llamada «mujer con niño en brazos», una terracota encontrada en Chipre, datada entre el III y II milenio a.C., que se expone en el Museo del Louvre en París.

El dios egipcio Horus, hijo de Osiris e Isis, tal como ya indicamos, era el «gran subyugador del mundo», el que era la «substancia de su padre» Osiris, de quien era una encarnación. Fue concebido milagrosamente por Isis, era una divinidad casta y su papel entre los humanos estaba relacionado con el Juicio ya que presentaba las almas a su padre, el Juez.

En el solsticio de invierno —Navidad—, los sacerdotes de Isis, vestidos con sobrepelliz blanca y con la cabeza tonsurada, sacaban del santuario la imagen de Horus, en forma de niño recién nacido, para exponerla a la adoración pública de las masas y pasearla en procesión. El divino niño Horus, venido al mundo para traer la felicidad, era representado como un bebé de cabello dorado que tenía un dedo en la boca y el disco solar —origen del nimbo cristiano— sobre su cabeza. La imagen más corriente le representaba en brazos de su madre Virgen.



Digitalizado com CamScanner

Los antiguos griegos y romanos —muchos de cuyos mitos procedían de los egipcios— adoraron también al niño Horus bajo el nombre de Harpócrates, al que se representaba recostado en el seno materno y con el segundo dedo —el *salutario*, el empleado para imponer silencio— sobre sus labios.

No menos elocuentes eran imágenes como, por ejemplo, la de Hércules siendo amamantado por la diosa Juno; o la de Venus Madre con una manzana en su mano derecha mientras sostiene con su izquierda un niño envuelto en pañales, que es el bellísimo niño divino Adonis, nacido milagrosamente de Mirra. La configuración de esta última imagen la veremos repetida hasta la saciedad en multitud de advocaciones católicas de la Virgen, aunque en ellas la manzana de Venus —salvo pocas excepciones— se ha transformado, según los lugares y épocas, en una esfera de diferentes características, una bola del mundo, una flor o un objeto litúrgico[8].

También durante el solsticio invernal, en el Imperio romano, las cofradías de Dionisos/Baco, al que aclamaban como «el Salvador» e «hijo de la Virgen», sacaban en procesión la imagen del dios recién nacido recostado en su cuna y todos celebraban con gran alegría su llegada.

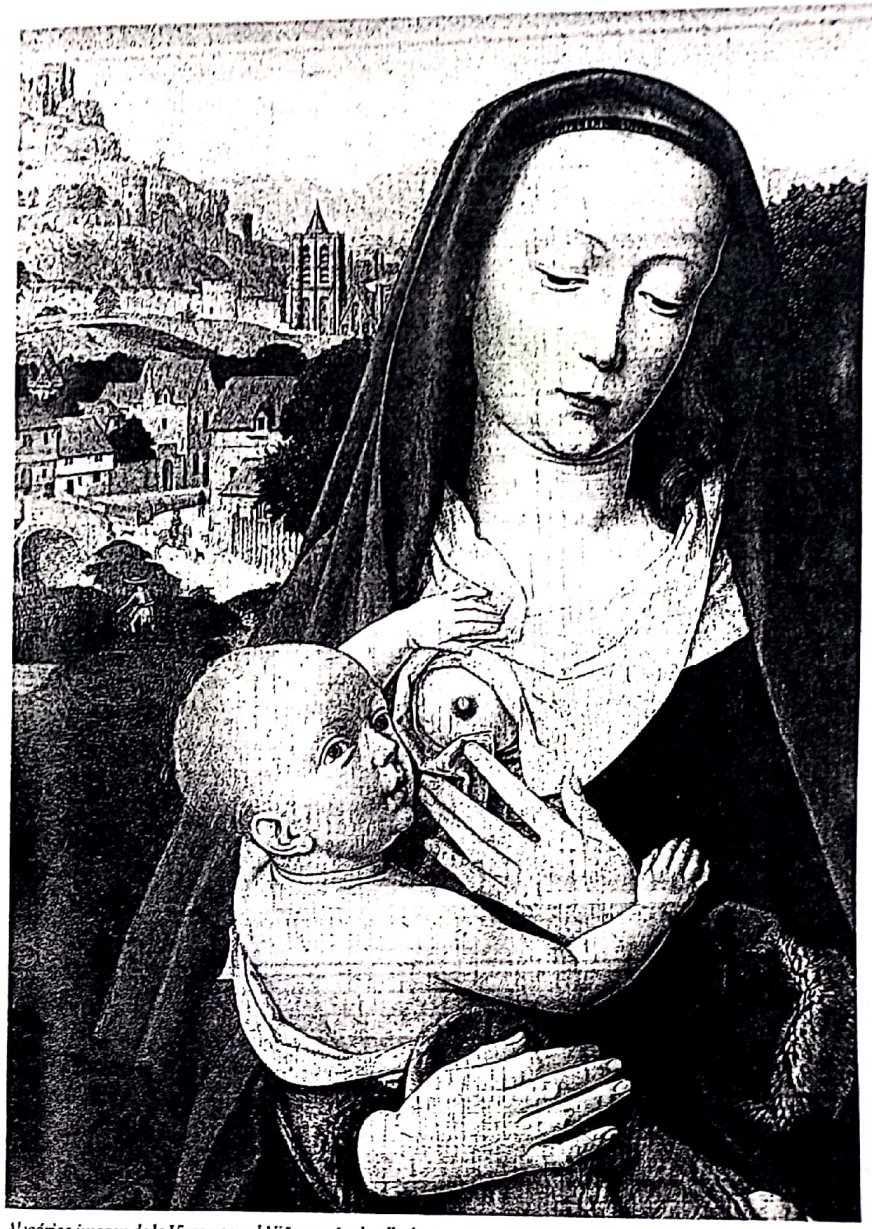
El 25 de diciembre se conmemoraba igualmente el nacimiento del antiguo dios joven Mitra, prototipo de figura mesiánica que protagoniza las esperanzas escatológicas (acerca del fin, muerte y salvación) y soteriológicas (acerca de la redención), que gozó de un gran auge hasta el siglo IV. Su concepción y nacimiento milagrosos representaban el comienzo de un proceso de redención que acababa con su muerte y ascensión al cielo para tomar el papel de intercesor.

En las cuevas de Ellora (localizadas en Maharashtra Norte, India) aún puede verse la figura de Indranî —la esposa de Indra, que fue el principal dios de la India en la Antigüedad— sosteniendo en sus brazos al niño Dios-Sol y llevando ambos alrededor de sus cabezas un halo similar al de la Virgen y el niño Jesús cristianos.

Tal como ya afirmó Rethoré, en 1894, «todos los dioses solares, Agni, en la India; Mitra, en Irán; Osiris, en Egipto; Baco, Tammuz, Adonis, Apolo, en Siria, en Fenicia y en Grecia; Manú, Buda, tienen el mismo carácter. Nacen el 25 de diciembre, en el solsticio de invierno, de una virgen madre, en una gruta o en un establo, entre animales; curan a los enfermos, resucitan a los muertos. En fin, todos mueren y resucitan, porque el sol, vencido periódicamente por la noche, renace cada mañana y cada primavera»[9].

En la Antigüedad precristiana fue un hecho absolutamente común, aceptado y extendido, que todos los grandes personajes, ya fuesen reyes —desde Mesopotamia y Egipto a China y Japón—, fundadores de grandes filosofías y religiones —Buda, Krisna, Confucio, Lao-Tsé— o pensadores —Pitágoras, Platón, etc.—, gozasen del privilegio de ser considerados hijos de una madre virgen y de Dios[10]. No parecía haber ningún misterio en ello y todas las culturas, desde no menos de dos milenios





*Alegórica imagen de la Virgen con el Niño, según detalle de una pintura de Gérard David (1490).*

Digitalizado com CamScanner

antes de Cristo, lo aceptaron con normalidad.

Unido a esta *normalidad* natal estaban, lógicamente, las anunciaciones del hecho prodigioso a las futuras madres de los grandes personajes de todas las culturas antiguas. Así, por ejemplo, en China, son prototípicas las leyendas acerca de la anunciación a la madre del emperador Chin-Nung o a la de Siuen-Wu-ti; a la de Sotoktaïs en Japón; a la de Stanta (encarnación del dios Lug) en Irlanda; a la del dios Quetzalcoatl en México; a la del dios Vishnú (encarnado en el hijo de Nabhi) en India; a la de Apolonio de Tiana (encarnación del dios Proteo) en Grecia; a la de Zoroastro o Zaratustra, reformador religioso del mazdeísmo, en Persia; a la de las madres de los faraones egipcios (así, por ejemplo, en el templo de Luxor aún puede verse al mensajero de los dioses Thot anunciando a la reina Maud su futura maternidad por la gracia del dios supremo Amón)... y la lista podría ser interminable.

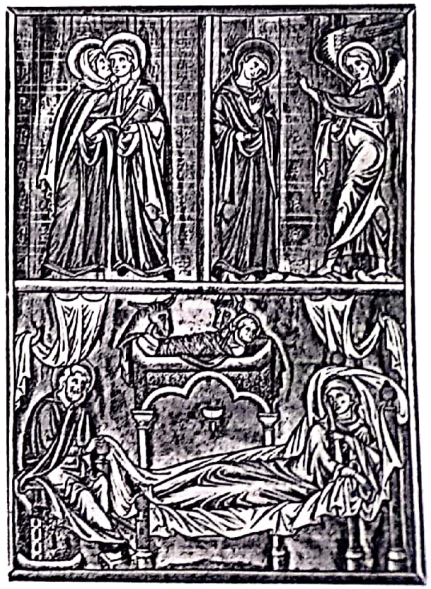
Sirva como ejemplo algo más detallado el caso de los jeroglíficos tebanos que relatan la concepción del faraón Amenofis III (c. 1402-1364 a.C.) de la siguiente manera: el dios Thot, como mensajero de los dioses (en un rol equivalente al que realizaba Mercurio entre los griegos o el arcángel Gabriel en los *Evangelios*), anuncia a la reina virgen Mutemuia —esposa del faraón Tutmés IV— que dará a luz un hijo que será el futuro faraón Amenofis III; luego, el dios Knef (una representación del dios Amón actuando como fuerza creadora o Espíritu de Dios, equivalente al Espíritu Santo cristiano) y la diosa Hator (representación de la Naturaleza y figura que presidía los procesos de magia) cogen ambos a la reina de las manos y depositan dentro de su boca el signo de la vida, una cruz, que animará al futuro niño; finalmente, el dios Nouf (otra representación del dios-carnero Amón, el Señor de los Cielos, en su papel de ángel que penetra en la carne de la virgen), adoptando el rostro de Tutmés IV fecundará a Mutemuia y, aún bajo el aspecto de Nouf, modelará al futuro faraón y su *ka* (cuerpo astral o puente de comunicación entre el alma y el cuerpo físico) en su torno de alfarero. Este relato mítico egipcio, como el resto de sus equivalentes paganos, es más barroco que el cristiano, sin duda, pero todo lo esencial de éste ya aparece perfectamente dibujado en aquél.

En la propia *Biblia,* mucho antes del relato de la anunciación y concepción milagrosa de Jesús, encontramos ya circunstancias paralelas en el nacimiento de Samuel (*Gén* 21,1-4) y en el de Sansón (*Jue* 13) y, por supuesto, seis meses antes de que María conociese su divino destino como madre de Jesús (*Lc* 1,26-38), ya se había producido la misma escena con Isabel, la madre de Juan Bautista (*Lc* 1,5-25).

Según lo cuenta Mateo, «la concepción de Jesucristo fue así: Estando desposada María, su madre, con José, antes de que conviviesen, se halló haber concebido María del Espíritu Santo. José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto. Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había anunciado por el profeta, que dice: "He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo, y que se le pondrá por nombre *Emmanuel,* que quiere decir *Dios con nosotros.*" Al despertar José de su sueño hizo como el ángel del Señor le había mandado, recibiendo en casa a su esposa, la cual, sin que él antes la conociese [eso es sin haber mantenido todavía relaciones sexuales con ella], dio a luz un hijo y le puso por nombre Jesús» (*Mt* 1,18-25).

De estos versículos, los católicos gustan destacar especialmente que la virginidad de María y el nacimiento de Jesús ya habían sido profetizados por Isaías muchos siglos antes, aunque, lamentablemente, no fue así. El texto de Isaías en que se apoya *Mateo* es el siguiente: «El Señor mismo os dará por eso la señal: He aquí que la virgen grávida da a luz, y le llama Emmanuel. Y se alimentará de leche y miel, hasta que sepa desechar lo malo y elegir lo bueno. Pues antes que el niño sepa desechar lo malo y elegir lo bueno, la tierra por la cual temes de esos dos reyes será devastada. Y hará venir Yavé sobre ti, sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre días cuales nunca vinieron desde que Efraím se separó de Judá» (*Is* 7,14-17); aunque, obviamente, *Mateo* solamente escogió la primera frase —*reproduciéndola* como «He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo, y se le pondrá por nombre "Emmanuel"»—, añadiéndole seguidamente «que quiere decir [Emmanuel] "Dios con nosotros"».

La «virgen» de la que tratan estos versículos no es tal, ya que la palabra original *almah* se tradujo erróneamente por virgen cuando lo que significa es mujer joven. Isaías, en su texto, no le dio ninguna importancia a la «virgen», que poco después presentó como una profetisa contemporánea suya que ya había parido (*Is* 8,3-4), y sólo empleó el niño Emmanuel —nacido hacia el año 735 a.C.— como una metáfo-



*Escenas de la Anunciación, Visitación y Natividad del* Salterio de Ingeburg *de Dinamarca, del siglo* XIII.





Digitalizado com CamScanner

ra para describir hechos que sucedieron durante el reinado de Acaz (735-715 a.C.). Así pues, la *almah* de *Isaías* ni era virgen ni preconizaba el milagro de la Virgen María, y su hijo Emmanuel fue también absolutamente ajeno a cualquier anuncio del nacimiento prodigioso de Jesús[11].

Aunque no tengamos ninguna profecía sobre el hecho que anida en el corazón mismo de la Navidad, los antecedentes históricos ya esbozados nos indican, sin lugar a dudas, que la iconografía de la Virgen junto al niño divino es una alegoría milenaria importantísima. Pero cuando miramos hacia ese mítico «portal de Belén» no deberíamos pasar por alto que allí también estuvo José, el carpintero, uno de los hombres más injustamente tratados por la historia cristiana.

José, en las primitivas representaciones de la familia de Jesús, aparecía como un hombre joven, fuerte y sin barba, pero como consecuencia del inicio del culto mariano, instaurado en el concilio de Éfeso (431) por Cirilo de Alejandría —vehemente impulsor del título de *Mater Dei* para María—, la figura del carpintero fue postergada y relegada al papel de «padre putativo», encargado de la simple provisión de alimentos. Junto a ese proceso también se le hizo envejecer hasta la senectud, de forma que, siendo ya nulo su vigor desde el momento de los esponsales, no fuese obstáculo ni sombra de sospecha que impidiese proclamar la virginidad perpetua de María.

De esta forma se configuraron los personajes centrales del pesebre navideño.

### Los ángeles cantores y la adoración de los pastores

Según el relato de *Lucas*: «Había en la región unos pastores que pernoctaban al raso, y de noche se turnaban velando sobre el rebaño. Se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvía con su luz, quedando ellos sobrecogidos de gran temor. Díjoles el ángel: No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías Señor, en la ciudad de David. Esto tendréis por señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al instante se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial que alababa a Dios diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad"» (*Lc* 2,8-14).

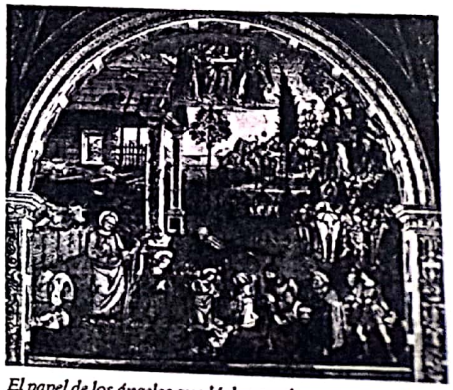
Al margen de la incongruencia, ya señalada, de hacer pernoctar a los pastores al raso en una época fría y lluviosa, resulta curioso, cuando menos, que el ángel del Señor que aparece en *Lucas* no orientase a los pastores en referencia a la estrella brillante que, según *Mateo*, estaba parada sobre el lugar donde reposaba el niño, ya que, incluso dirigiéndose a lugareños conocedores del terreno, era mucho más lógico haberles dado como señal la luz de una estrella anormal que mandarles buscar, en plena noche, un bebé en pañales oculto en alguna de las muchas cuevas de la zona. Y no resulta menos pintoresco que los tres «Reyes Magos», después de las molestias tomadas para realizar su largo viaje, no fueran mencionados por *Lucas*, ni se los hiciese testigos y partícipes del glorioso concierto dado por las huestes celestiales a los pastores.

Las diferencias de bulto que aparecen entre los relatos del nacimiento hechos por Mateo y Lucas —omitimos a *Marcos* y *Juan*, que ni se ocupan de ello— pueden deberse a que ambos no se conocieron jamás y escribieron sus evangelios en tierras muy diferentes —Egipto y Roma respectivamente—, por lo que adornaron su narración sobre Jesús inspirándose en leyendas ya existentes pero que gozaban de diferente prestigio en un lugar u otro; por eso Mateo tiñó de orientalismo el nacimiento de Jesús mientras que Lucas se adaptó a tradiciones míticas que eran más creíbles en la capital del Imperio.

La narración de *Lucas* que dio lugar a la parte del belén navideño que nos ocupa ya tenía antecedentes bien ilustres y conocidos en todo el mundo de entonces cuando el evangelista cristiano incorporó un tipo ya clásico de leyenda al personaje de Jesús. Así, por ejemplo, cuando nació Buda (c. 565 a.C.), según el texto del *Lalita Vistara*, la tierra tembló, oleadas de lluvias perfumadas y de flores de loto cayeron de un cielo sin nubes, mientras que los *devas* —o «divinidades resplandecientes», equivalentes a los ángeles y arcángeles católicos—, acompañados de sus instrumentos, cantaban en los aires: «hoy ha nacido Bodhisattva sobre la tierra para dar paz y alegría a los hombres y a los *devas*, para expandir la luz por los rincones oscuros y para devolver la vista a los ciegos».

En el momento del nacimiento de Krisna todos los *devas* dejaron sus carros en el cielo y, haciéndose invisibles, fueron hasta la casa de Mathura en la que estaba por nacer el niño divino y, uniendo sus manos, se pusieron a recitar los *Vedas* y a cantar alabanzas en honor de Krisna y aunque nadie los vio, según apunta la leyenda, todo el mundo pudo oír sus cantos; después del nacimiento, todos los pastores de la región le llevaron felicitaciones y regalos a Nanda, el criado encargado de cuidarle.

Durante el nacimiento de Confucio (551 a.C.) aparecieron dos dragones en el aire por encima de su casa y cinco venerables ancianos, que representaban a los cinco planetas conocidos entonces, entraron en la habitación del parto a honrar al recién nacido; una música armoniosa llenó los aires y una voz proveniente del cielo exclamó: «éste es el hijo del cielo, el divino infante, y es por él por lo que la tierra vibra en melodioso acorde». Cabe señalar



*El papel de los ángeles quedó destacado en este mural de Pinturicchio (1501), de Santa María Maggiore de Spello.*





Digitalizado com CamScanner

que las tradiciones relacionadas con Buda, Krisna y Confucio se habían desarrollado entre pueblos agrarios y en un momento en que el «hijo del cielo» aún presidía cada año la sagrada ceremonia de la siembra[12].

El erudito Pierre Saintyves, al comparar el relato de *Lucas* con los mitos de las culturas agrarias acerca de nacimientos prodigiosos, no pudo menos que exclamar: «Cómo es posible no señalar el papel destacado que juegan los pastores en estas leyendas. ¿Acaso no es su auténtica fiesta la epifanía del Sol naciente que anuncia el próximo retorno de la primavera? Tras muchos tanteos, la Iglesia, al situar la fiesta de la Navidad en el solsticio de invierno, creyó poder conectar las alegrías de esta gran solemnidad con las antiquísimas prácticas religiosas; remozando, con cada retorno del Sol y en una universal solidaridad, la alegría de los siglos pasados. Y es por eso por lo que, cuando los cristianos entonan el himno de la Navidad, nadie puede escucharlo sin sentir una profunda emoción. Parece como si los viejos gritos paganos resucitasen de los siglos pasados. Es la voz de nuestros hermanos, y también la de millares de nuestros antepasados que se levantarían de nuevo para unírseles a su coro cantando: ¡Navidad, Navidad, nos ha nacido un dios, el joven Sol sonríe en su cuna!»[13]

La Iglesia católica, nacida y desarrolla-

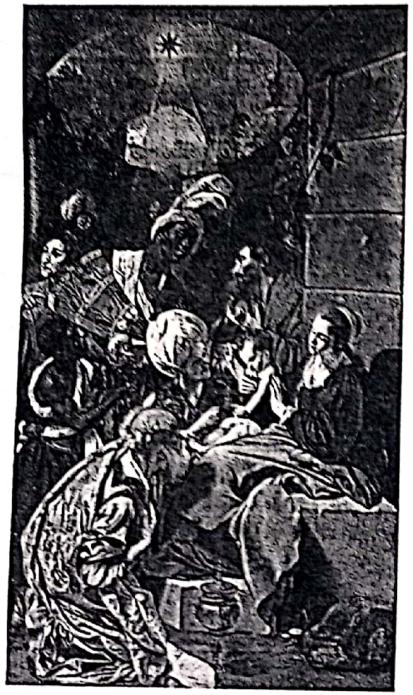
*Una función de los ángeles es propagar la buena nueva, y así los representó Robert Campin en el siglo XV.*

*La escena de la adoración de los pastores, como ésta pintada por Hugo van der Goes (c. 1475) en la Galería de los Uffizi (Florencia), ha sido fundamental en los rituales navideños.*





Digitalizado com CamScanner



*La estrella de Belén aparece destacada en esta* Adoración de los Magos *de Juan Bautista Maíno (1611-1613).*

da en contextos urbanos, pero asentada sobre culturas agrarias, tuvo muy clara la importancia de los pastores en los rituales navideños, por eso la conmemoración de su acto de adoración —representado en vivo en los dramas litúrgicos populares que se celebraban junto a los templos más importantes desde al menos el siglo X— pasó a formar parte de su fundamental misa de medianoche (Nochebuena).

Hasta principios del presente siglo, esta misa, conocida como la misa del gallo —ver capítulo 5—, mantuvo como acto central la participación litúrgica de unos pastores (vecinos de cada pueblo), acompañados de una oveja o carnero, que llegaban hasta el pie del altar mayor para rendir adoración a una figura del Niño Jesús recostada sobre un pesebre.

## La estrella de Belén, entre el mito y el hecho astronómico

En el *Evangelio* de Mateo podemos leer el único relato neotestamentario que habla de la famosa «estrella de Navidad». Dice así: «Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella al oriente y venimos a adorarle (...) y reuniendo [Herodes] a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Mesías. Ellos contestaron: En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta (...). Después de haber oído al rey, se fueron [los magos], y la estrella que habían visto en Oriente les precedía, hasta que vino a pararse encima del lugar donde estaba el niño...» (*Mt* 2,1-12).

Orígenes (c. 185-253), teólogo fundamental para el desarrollo del cristianismo, defendió la veracidad de esta señal celeste argumentando: «Yo creo que la estrella que apareció en Oriente era de una especie nueva y que no tenía nada en común con las estrellas que vemos en el firmamento o en las órbitas inferiores, sino que, más bien, estaba próxima a la naturaleza de los cometas (...).

»He aquí las pruebas de mi opinión. Se ha podido observar que en los grandes acontecimientos y en los grandes cambios que han ocurrido sobre la Tierra siempre han aparecido astros de este tipo que presagiaban: revoluciones en el Imperio, guerras u otros accidentes capaces de trastornar el mundo (...). Así pues, si es cierto que se vieron aparecer cometas o algún otro astro de esta misma naturaleza con ocasión del establecimiento de alguna nueva monarquía, o en el transcurso de algún cambio importante en los asuntos humanos, no debemos extrañarnos de que haya aparecido una nueva estrella con ocasión del nacimiento de una persona que iba a originar un cambio tan radical entre los hombres (...).

»Por lo que se refiere a los cometas, podría decir que nunca se vio que ningún oráculo haya predicho que aparecería tal cometa en tal ocasión, o con el establecimiento de tal imperio; mientras que, en lo que respecta al nacimiento de Jesús, ya Balam lo había predicho.»[14]

En el relato de *Mateo* citado se aplicó una práctica, habitual entre los cristianos de los primeros siglos, consistente en dar por verdadero cualquier hecho procedente de la tradición que pudiese ser relacionado con algún texto bíblico que anunciase su realización; en este caso lo «escrito por el profeta» se refiere a Miqueas cuando dijo «Y tú, Belén, tierra de Judá, de ninguna manera eres la menor entre los clanes de Judá, pues de ti saldrá un caudillo, que apacentará a mi pueblo, Israel»[15].

Poco importaba que Miqueas se estuviese refiriendo al contexto de la invasión asiria (siglo VIII a.C.); tal como ya se dijo, era preciso relacionar Belén con Jesús. Esta forma de *autentificación* no sólo llevó a sacar de contexto decenas de frases supuestamente proféticas sino que, a menudo, forzó la invención de sucesos para validar lo que con anterioridad se consideraban profecías.

En la misma línea que el evangelista Mateo, Orígenes también cargó de sentido como «profecía mesiánica» a una sola de entre las muchas frases inocentes y metafóricas pronunciadas, al estilo oracular, por Balam mientras estaba en Bamot Baal; la frase, que fue usada desligándola de su contexto, dice: «Álzase de Jacob una estrella,/ Surge de Israel un cetro...» (*Núm* 24,17). Pero, en cualquier caso, la presencia en el relato de *Mateo* de los «magos», que no pueden representar más que sacerdotes astrólogos persas, aporta una pista inmejorable para ratificar que el origen de la «estrella de Navidad» debe buscarse en el contexto pagano de adoración a los astros que pervivía aún en el substrato de muchas leyendas dadas por ciertas en esa época.

De este contexto astrólatra son ejemplos bien conocidos tradiciones como la egipcia que, desde época inmemorial, consideraba la aparición de la estrella brillante Sotis (Sirio), en una parte determinada del firmamento, como el anuncio del nacimiento anual de Osiris y de la llega-





Digitalizado com CamScanner

da al mundo de su poder vivificante (materializado en la crecida del Nilo); o rituales como los efectuados en Persia, donde, desde tiempos del rey Darío I (521-486 a.C.) y probablemente desde cientos de años antes, los magos/sacerdotes ya solían ofrecer a Ahura-Mazda (el dios solar principal)[16] los presentes del oro, incienso y mirra que se citan en *Mt* 2,11.

San Ignacio de Antioquía, obispo y padre de la Iglesia, que vivió durante el siglo I d.C. en el mismísimo centro de expansión de las creencias mágicas y astrológicas caldeas, aportó una versión complementaria del relato de *Mateo* en la que se destaca aún más su carácter astrológico pagano: «Un astro brillaba en el cielo más que todos los restantes, su situación era inexplicable, y su novedad causaba asombro. Los demás astros, junto con el Sol y la Luna, formaban un coro en torno a este nuevo astro, que los superaba a todos por su resplandor. La gente se preguntaba de dónde vendría este nuevo objeto, diferente de todos los demás.»[17] Resulta bastante claro que el origen sirio —país cuna de los maestros en el arte astrológico— del obispo de Antioquía le hizo ser un poco más explícito que a Mateo.

Con profecías o sin ellas, resulta innegable que la mayoría de los relatos acerca del nacimiento de dioses o de héroes antiguos refieren la aparición de estrellas u otras señales celestes que anuncian la calidad sobrenatural del recién nacido. Así, por ejemplo, en la leyenda china de Buda se habla de una milagrosa luz celeste que anunció su concepción; en el *Bhâgavata-Purâna* se cuenta cómo un meteoro luminoso anunció el nacimiento de Krisna; según un relato hindú, una estrella llamada *SaVaNaGRaHa* anunció el nacimiento del dios solar Agni, estando situado el niño-dios en un pesebre junto a su madre Virgen Maya, su padre Twastri «el Carpintero», la Vaca mística y el Asno portador del *Soma* (néctar sagrado).

El día del nacimiento de Hércules resonó el trueno en Tebas con doble estrépito y muchos otros prodigios anunciaron la gloria del hijo de Júpiter; el historiador Justino refiere cómo la grandeza futura del rey Mitríades ya había sido anunciada por la aparición de un cometa en el momento de su nacimiento y en el de su ascensión al trono; el día que Julio César nació apareció la estrella Ira en el firmamento y, según Suetonio, no volvió a aparecer hasta la víspera de la batalla de Farsalia; según recogió Servio del marino Varrón, Eneas, tras su salida de Troya, vio a diario la estrella Venus y al dejar de verla, llegado ya a los campos Laurentinos, supo así que ésas eran las tierras que le asignaba el destino...

Sin embargo, aunque parece obvio el origen y sentido de la inclusión de la estrella en el relato del natalicio prodigioso de Jesús, también resulta posible que en esa época aconteciese un fenómeno astronómico real, aunque muy poco frecuente. No menos de media docena de hipótesis científicas han intentado explicar el «milagro de la estrella de Belén».

Unas hipótesis apuntan hacia el brillante planeta Venus, pero, como ya era conocido por todos los astrónomos/ astrólogos de aquellos tiempos, difícilmente pudo ser tomado como algo extraordinario. Otros señalan el paso de un cometa, concretamente del *Halley*, pero éste había transitado ya por nuestro sistema solar el año 11 a.C., bastante antes del natalicio de Jesús. Los hay también que atribuyen la «estrella» a una supernova —explosión de un sol cuya brillante luz puede verse durante meses, incluso de día—, pero no hay ningún registro histórico de esa época al respecto pese a que sí lo hay de novas observadas en el 135 a.C. y el 173 d.C. por caldeos, egipcios, griegos y chinos. En cualquier caso, la opinión más razonable y aceptada la propuso el astrónomo Johannes Kepler en el año 1606.

Para Kepler, la estrella de los magos no fue otra cosa que la rara triple conjunción de la Tierra con los planetas Júpiter y Saturno, estando el Sol pasando por Piscis[18]. En esta *conjunctio magna* los planetas aparecen en el mismo grado de longitud, de modo que a ojos de un observador terrestre se presentan como una sola estrella muy brillante.

La última vez que se dio este esquivo fenómeno fue en 1940-1941 y no volverá a repetirse hasta el año 2198.

Los cálculos de Kepler determinaron que una triple conjunción como la apuntada se produjo en el año 7 a.C. —lo que resulta compatible con la fecha del 6 a.C., dada como la más probable para el nacimiento de Jesús—, y que la «estrella brillante» que resultó de la *conjunctio magna* debía de ser visible desde Persia y Mesopotamia en las horas que preceden al crepúsculo, por ello, dado que en esa época y región se viajaba al atardecer, es posible que los magos, que venían del sur, la vieran *marchar* ante ellos.

De todos modos, por magna que fuese esa conjunción, ni podía recorrer el horizonte marcando un camino, ni pasó rozando las palmeras, ni se detuvo sobre Belén o, menos aún, sobre una cueva en particular. Los astros tienen sus reglas gravitatorias irrenunciables, aunque la fe y los espejismos de las leyendas se empeñen en desviarlos de ellas.

Quizás el redactor de *Mateo* no hizo más que aprovechar, con intención mítica, un suceso cósmico contemporáneo del natalicio del niño divino que, sin duda, debió de impresionar sobremanera a todos los habitantes de la región mediterránea y del Oriente Medio. Lo más probable es que la *conjunctio magna* no coincidiese exactamente en el tiempo con el nacimiento de Jesús, pero ¿qué importa un año o más de desfase, si la luz de la «estrella» —que la tradición ha disfrazado de cometa— sirvió para iluminar del modo más bello posible la idea de la Navidad?



Digitalizado com CamScanner

# 3

# Los Reyes Magos, una existencia tan cambiante como agitada

Capítulo aparte merecen los tan celebrados como desconocidos «Reyes Magos». De ellos, en realidad, sólo sabemos lo que mencionó Mateo en su *Evangelio,* pero la tradición ha hecho maravillas con esos pocos datos.

La doración de los Reyes Magos no sólo ha sido una de las escenas más celebra-

*La escena de la Adoración de los Magos ha sido el objetivo de muchísimas obras maestras de la pintura europea. Ésta salió del pincel de Durero (1504).*

Digitalizado com CamScanner

das por la iconografía religiosa hasta el siglo XVII sino que, fundamentalmente, para lo que a nosotros concierne, ha sido la fiesta infantil por excelencia durante parte del siglo pasado y del actual.

Una de las más notables esperanzas que atesoramos durante nuestra infancia fue la de la venida de los Reyes Magos, con su majestuosa cabalgata callejera y sus sacos repletos de juguetes. Pero a ellos debemos también nuestra más temprana decepción cuando descubrimos que su identidad nos era más familiar de lo que suponíamos.

## Los Magos según Mateo, cuando aún no eran tres ni tampoco reyes

En el *Evangelio* de Mateo se cuenta que «nacido, pues, Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: "¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella al oriente y venimos a adorarle (...). Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, les interrogó cuidadosamente sobre el tiempo de la aparición de la estrella; y, enviándolos a Belén (...). Después de haber oído al rey, se fueron [los magos], y la estrella que habían visto en Oriente les precedía, hasta que vino a pararse encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella sintieron grandísimo gozo, y, llegando a la casa, vieron al niño con María, su madre, y de hinojos le adoraron, y, abriendo sus cofres, le ofrecieron como dones oro, incienso y mirra. Advertidos en sueños de no volver a Herodes, se tornaron a su tierra por otro camino» (*Mt* 2,1-12).

Si releemos estos versículos concluiremos que de esos «magos» sólo conocemos que eran varios, visitaron a Herodes, adoraron al niño Jesús ofreciéndole presentes y tuvieron un sueño que les hizo regresar a alguna parte por otro camino también desconocido. No hay forma alguna de saber cosas tan elementales como pueden ser su número, edad, aspecto, raza, nombre, atuendo, estatus —¿cómo pasaron de magos a reyes?, ¿magos de qué?, ¿reyes por qué y de dónde?—, procedencia, etc. En el texto de Mateo no se responde a nada de esto, tampoco en el resto del *Nuevo Testamento*, ni en las crónicas históricas de la época. ¿De dónde salieron, pues, Melchor, Gaspar y Baltasar? Veamos...

En un principio su número fue indeterminado. Las representaciones de la adoración de los magos halladas en templos del siglo III mostraban sólo a dos personajes; en las catacumbas romanas hasta el siglo IV aparecían dos o cuatro magos, según los casos; la media docena tampoco faltó en algunas pinturas de la época; en la Iglesia siria y armenia siempre se defendió la docena puesto que, según ellas, los magos prefiguraban los doce apóstoles y representaban a cada una de las tribus de Israel; para la Iglesia copta fueron sesenta y citaban los nombres de más de una docena de ellos...

Hacia el primer cuarto del siglo III, Orígenes afirmó de modo taxativo que los magos habían sido sólo tres (a fin de cuentas, en *Mateo* no se citó más que tres presentes); fue el primer teólogo cristiano que tomó esta postura. En el siglo IV, de modo progresivo, comenzó a prevalecer el número de tres. Por algo había que empezar.

Nuestros personajes, durante los dos primeros siglos, no fueron nada más que magos, eso es *mogu* —vocablo persa que significa astrólogo—, que se representaban tocados con el gorro frigio de los sacerdotes-astrólogos del dios persa Mitra[1]. Pero, como la práctica de la magia estaba prohibida por los textos bíblicos y el concepto de mago adquirió rápidamente un significado muy peyorativo —particularmente gracias al caso de Simón Mago, identificado con el Anticristo—[2], no se consideró edificante que unos sujetos de tan dudosa reputación deambulasen por el portal de Belén.

Entrado ya el siglo III, esta imagen comprometedora fue sorteada con descaro por el abogado y teólogo cartaginés Quinto Septimio Florencio Tertuliano (c. 160-220), que fue el primero en hacer una afirmación tan gratuita como afortunada: *«Nam et Magos reges habuit fore Oriens»*, eso es, «se ha sostenido que los Magos eran reyes de Oriente». Nadie había sostenido tal cosa antes de él, pero eso era un detalle sin importancia para un apologeta cristiano consciente de su deber. Al fin y al cabo, sacando de su contexto un versículo de los *Salmos* podía leerse: «Los reyes de Tarsis y de las islas le ofrecerán sus dones, y los soberanos de Seba y de Saba le pagarán tributo» (*Sal* 72,10); una frase que ni remotamente se refería a los magos de Belén, pero se tomó como otra profecía más.

Gracias a Orígenes y Tertuliano la cristiandad se encontró con tres —ni uno más ni menos— reyes, que no magos, aunque hubo que denominarles «Reyes Magos» para casar la tradicional nomenclatura de Mateo con su supuesta personalidad real. La nueva imagen requería un cambio simbólico fundamental: los tres magos dejaron de ir tocados con el gorro frigio, que les acreditaba como sacerdotes persas de Mitra, y en su lugar se les colocó sendas coronas reales a la usanza latina. De todos modos, en un importante mosaico bizantino del siglo VI (año 520 aproximadamente), localizado en San Apollinare Nuovo (Rávena, Italia), los tres magos aún van ataviados a la usanza persa, con su capa y gorro frigio.

## Sus nombres no aparecieron hasta el siglo VI

En el mosaico bizantino recién mencionado también aparece un detalle capital: en su parte superior figura la leyenda «+SCS BALTHASSAR +SCS MELCHIOR +SCS GASPAR», eso es, sagradísimos o veneradísimos Baltasar, Melchor y Gaspar. El primero, Baltasar, de unos 30-40 años, con barba oscura, lleva en sus manos un recipiente para mirra; Melchor, como de 20-25 años e imberbe, transporta una bandeja para incienso; y Gaspar, de más de 50 años, con pelo y barba largos y



Digitalizado com CamScanner

*En este importante mosaico de San Apollinare Nuovo (Rávena), del siglo VI, los Reyes Magos aún conservan su ropaje persa y se menciona por primera vez sus nombres actuales.*

blancos, presenta una canasta con oro. Todos ellos son de piel blanca, ninguno se ha convertido aún en negro.

Este mosaico de San Apollinare Nuovo desmiente también la afirmación ya clásica de que los nombres *secretos* de los Reyes Magos no se conocieron hasta el siglo VII o principios del VIII, bajo los nombres de *Bithisarea, Melichior* y *Gathaspa* que en el siglo IX se transformaron en los que conocemos actualmente.

En un texto atribuido a Beda el Venerable (673-735), erudito anglosajón, monje y doctor de la Iglesia, se lee: «El primero de los magos fue Melchor, un anciano de larga cabellera cana y luenga barba (...) fue él quien ofreció el oro, símbolo de la realeza divina. El segundo, llamado Gaspar, joven, imberbe, de tez blanca y rosada, honró a Jesús ofreciéndole incienso, símbolo de la divinidad. El tercero llamado Baltasar, de tez morena [en latín lo califica de *fuscus*], testimonió ofreciéndole mirra, que significaba que el Hijo del hombre debía morir.» Si comparamos esta descripción con la del mosaico bizantino, observaremos que las descripciones y nombres de Melchor y Gaspar se han invertido.



Por otra parte, hacia el año 845, en el *Liber Pontificalis* de Rávena —citado a menudo como el primer texto en que aparecen los tres nombres—, se mencionó a *Bithisarea, Melichior* y *Gathaspa*, pero tres siglos antes, en el mosaico bizantino de la misma ciudad, los Reyes Magos ya se llamaban *Balthassar, Melchior* y *Gaspar*.

Estos tres nombres, aunque ya quedaron instituidos de cara al futuro, fueron tan arbitrarios y ficticios como los que pretendieron adjudicarles en otras partes del orbe cristiano: *Apellicon, Amerim* y *Serakin* entre los griegos cristianizados; *Kagpha, Badadilma* y *Badadakharida* en Siria; *Ator, Sater* y *Paratoras* en Etiopía, etc.

Sus supuestas edades no fueron menos irreales y cambiaban substancialmente en función de los gustos particulares de cada uno de los artistas que los representaban. Finalmente, en el siglo XV, Petrus de Natalibus, en su *Catalogus Sanctorum*, fijó que Melchor tenía sesenta años, Gaspar cuarenta y Baltasar veinte. Una nueva descripción física de los Reyes Magos que discrepaba de la aportada por Beda el Venerable y de la imagen del mosaico de San Apollinare Nuovo.

En el siglo XV, el arte pictórico del Renacimiento le concedió una importancia central a dos motivos religiosos: el nacimiento de Jesús en Belén, que permitía representar la piedad popular de úna manera sencilla y directa, y la adoración de los Reyes Magos, que simbolizaba el poder y majestad de una Iglesia que en esos días ya había triunfado.

Los Médicis fueron los principales avaladores de la representación de los Reyes Magos y bajo su mecenazgo se encargó la mayoría de ellas. En algunas de esas pinturas pueden identificarse sin dificultad los rostros de los propios miembros de la dinastía florentina, así, por ejemplo, en la *Adoración* pintada por Botticelli, en 1475, en el Palacio de los Uffizi, el rey Baltasar estaba representado por Pedro el Gotoso (muerto en 1463); Melchor era Cosme (fallecido en 1464); Juan, muerto en plena juventud, encarnaba a Gaspar; Lorenzo y Juliano, herederos de la casa Médicis, aparecen formando parte de la comitiva, etc.

Entre las obras maestras de los pintores de esa época que representan la «Adoración de los Magos» cabe resaltar las salidas del pincel de Tommaso Masaccio (panel de la grada del altar del Políptico de Pisa, 1426, Museo de Berlín), de Rogier van der Weyden (*Altar de los tres Reyes*, óleo, sección central del altar de San Colombo, c. 1455, Colonia, Pinacoteca de Munich), Benozo Gozzoli (*El cortejo de los Magos*, fresco de la Capilla del Palacio Médici-Riccardi, Florencia, 1459-1461), de Hugo van der Goes (panel central del altar de Monforte de Lemos, Lugo, c. 1470, Museo de Berlín), de Sandro Botticelli (panel, Palacio de los Uffizi, Florencia, 1475), de Leonardo da Vinci (composición sobre lienzo, Palacio de los Uffizi, Florencia, 1481-1482), o de Domenico Ghirlandaio (tabla de altar, Hospital de los Inocentes, Florencia, 1487).



Digitalizado com CamScanner

*Representación de la Adoración de los Magos pintada por Rogier van der Weyden (c. 1455).*

Del talento de todos esos grandes pintores nacieron representaciones de los tres Reyes Magos bastante diferentes entre sí, pero todos coincidieron en un mismo aspecto: los tres personajes eran de raza blanca o, lo que viene a ser lo mismo, no existía aún, en el siglo XV, ninguno que fuese negro.

### Baltasar no fue negro hasta el siglo XVI

A partir del siglo siguiente —el XVI—, sin embargo, en todas las representaciones pictóricas de la «Adoración de los Magos» ya se adjudicó a Baltasar la raza negra, tal como puede verse, por ejemplo, en las obras de Albrecht Durero (*Tríptico Paumgärtner*, 1504, Pinacoteca de Munich), de Hieronymus Bosco (*Tríptico de la Epifanía*, óleo, c. 1510, Museo del Prado de Madrid), de Paolo Veronés (óleo, c. 1583, Museo de Bellas Artes, Lyon), de Pieter Paul Rubens (óleo, 1609, Museo del Prado de Madrid), de Giambattista Tiépolo (óleo, 1753, Pinacoteca de Munich), etc.

A pesar de que, en el siglo VII, el texto de Beda el Venerable ya describió a Baltasar como de tez morena *(fuscus)*, el peso de la tradición, que fijaba el origen de los magos en Persia, impidió, hasta finales del siglo XV, que nadie pudiese imaginar tan siquiera un cambio de raza para este rey. Sin embargo, en el siglo XVI, las nuevas necesidades ecuménicas de la Iglesia católica llevaron a implantar un simbolismo inédito, identificando a los tres magos con los tres hijos de Noé —Sem, Cam y Jafet— que, según el *Antiguo Testamento*, representaban las tres partes del mundo y las tres razas humanas que lo poblaban, según se creía en esos días.

De este modo, Melchor, el anciano de cabello y barba canos, pasó a simbolizar a los herederos de Jafet, eso es los europeos, y ofreció al Niño divino el noble oro; Gaspar, rubio y lampiño, representaría a los semitas de Asia y su don era el preciado incienso; Baltasar, negro y barbado, personificaría a los hijos de Cam, los africanos, participando en la adoración universal con su entrega de mirra.

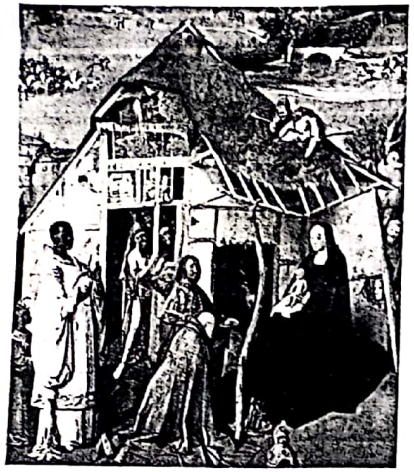
Con el descubrimiento y comienzo de la cristianización del continente americano, surgió un buen problema cuando las autoridades eclesiásticas católicas se plantearon representar a los habitantes de esas nuevas tierras en el cortejo de adoración de los Reyes Magos, pero, dado que ya no podían añadir un cuarto monarca a la comitiva —ni, menos todavía, inventarle

*Retablo del* Altar de los Reyes Magos *de la catedral de Halle, obra de Hans Baldung (1507).*





Digitalizado com CamScanner



*Panel central de la* Adoración de los Magos *de Hieronymus Bosco (c. 1510), en el Museo del Prado de Madrid.*

otro hijo a Noé—, se tomó la razonable decisión de mirar hacia otra parte y dar por zanjada tan espinosa cuestión.

El único intento de establecer la representación de los amerindios aún puede contemplarse en un retablo portugués de la catedral de Viseu, donde el rey negro fue substituido por un jefe indio amazónico portando una lanza ricamente emplumada, pero esa modificación no tuvo éxito ninguno, a fin de cuentas, para la mentalidad racista de la época, un negro bien podía representar también a un indio, y la todavía reciente tradición del Baltasar negro era ya inamovible.

Adoración de los Magos *de Rubens (c. 1617-18), en el Museo de Bellas Artes de Lyon. En esta obra, como en todas las pintadas a partir del siglo XVI, Baltasar ya es negro.*



## Simbolismo del oro, el incienso y la mirra

El folklore religioso europeo también acabó por identificar a los Reyes Magos como representantes de la Trinidad en función de la calidad de sus regalos: el oro provenía del Padre glorioso; la mirra —usada como ungüento funerario desde la Antigüedad y, por tanto, asociada con la muerte y resurrección—[3], del Hijo; y el incienso —elemento purificador esencial en todo ritual—, del Espíritu Santo.

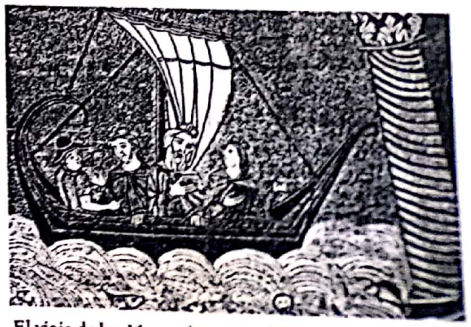
Complementariamente, la tradición popular occidental adjudicó al oro el simbolismo de la realeza de Jesús-Cristo, al incienso, el de su divinidad, y a la mirra, el de su pasión y resurrección. Según el papa san Gregorio I Magno (540-604), se ofrece oro a Jesús-Cristo cuando se le venera como a rey del mundo, incienso cuando se le adora como a verdadero Dios, y mirra cuando se conmemora su humanidad.

Algunos astrólogos modernos, basándose en la suposición de que la «estrella de Belén», tal como ya comentamos, pudo ser una triple conjunción de la Tierra con los planetas Júpiter y Saturno, estando el Sol pasando por Piscis, interpretan los tres presentes de los magos del modo siguiente: «oro por el Sol (reyes), incienso por Júpiter (religión, dios supremo) y mirra por Saturno (regente de la muerte), los tres planetas mayores del *stellium* característicos del niño», añadiendo que «en astrología clásica, Jesús sería un tipo Piscis muy claro (se propagó el símbolo a comienzos del Cristianismo), pues el *stellium* está en el Signo»[4].

*En esta* Adoración de los Magos *de Hugo van der Goes puede apreciarse la ofrenda de oro, incienso y mirra.*

## Leyenda de los Reyes Magos después de abandonar Belén

Tras la adoración de Belén, según la tradición, un ángel del Señor se acercó hasta el lecho donde dormían los Reyes Magos —que la imaginería medieval, de forma tan tierna como ingenua, representó durmiendo juntitos en una sola cama, sin camisas, pero con su corona ceñida sobre la cabeza— y, tocando suavemente a Gaspar, le despertó para advertirle que no regresaran a ver a Herodes, tal como le habían prometido con anterioridad, y que



El viaje de los Magos *(mosaico del siglo XIII del Baptisterio de Florencia). Los tres reyes eran aún blancos.*

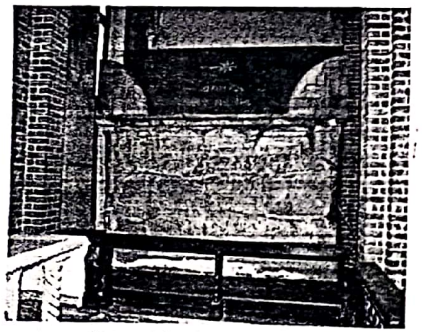


Digitalizado com CamScanner

partieran hacia sus tierras con rapidez y sigilo.

La leyenda posterior les hizo emprender el viaje de retorno a sus países por mar, embarcando en Tarso, aunque, curiosamente, en lugar de dirigirse hacia sus respectivos reinos, que hubiese sido lo esperable y sensato para *monarcas* tan sabios, la travesía marítima les condujo hasta la India, donde el apóstol Tomás les bautizó y consagró obispos (otras versiones aseguran que tales hechos acontecieron en tierras medas o persas).

Los magos, ya como *Summus presbyteri Orientes,* siguieron dedicados a la evangelización de los impíos hasta que murieron ¡y fueron enterrados juntitos, como cuando compartían lecho, en un mismo sarcófago! De un modo que la tradición medieval no explica, la emperatriz Elena[5] localizó sus restos en Saba y ordenó que fuesen trasladados a Constantinopla (en una época en que se hicieron aparecer en la capital bizantina las reliquias más absurdas y pintorescas).



*Sepulcro de Milán donde reposaron los supuestos huesos de los tres Reyes Magos hasta finales del siglo XII.*

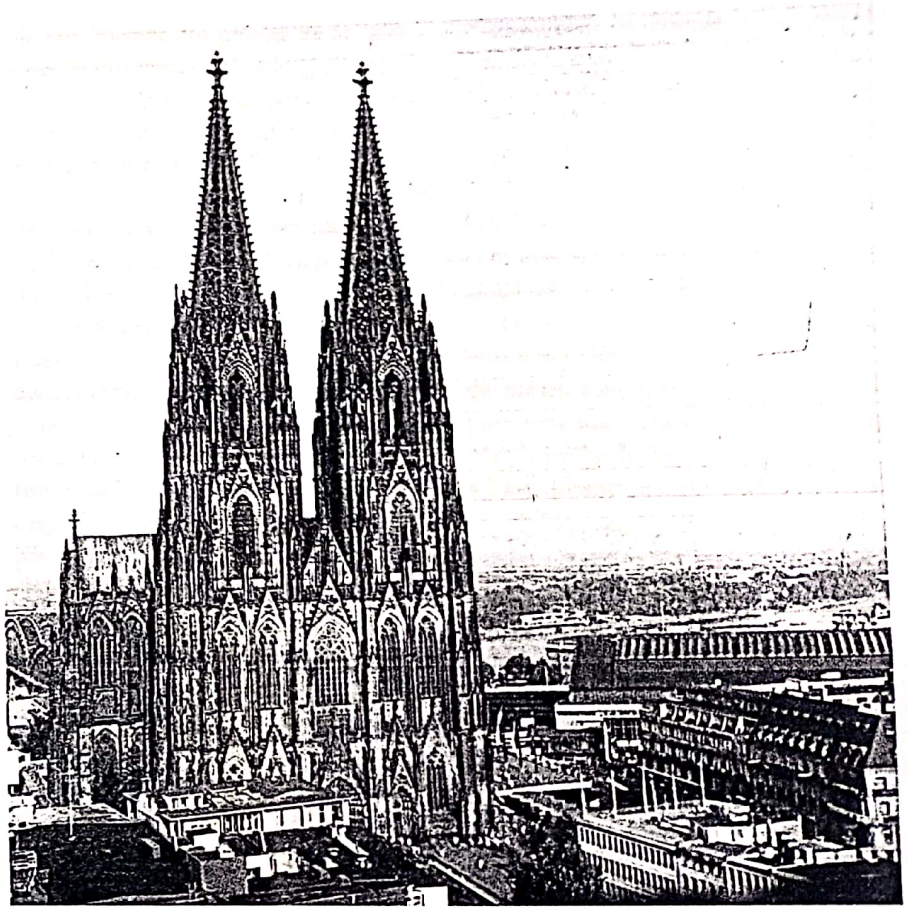
Pero el viaje de los magos aún no había concluido. En el siglo IX, el clero de Milán, recurriendo a la estrategia más habitual en esos tiempos —la de adjudicarse la posesión de los restos de algún apóstol o santo—, quiso prestigiar su ciudad afirmando que las reliquias de los Reyes Magos se encontraban en la iglesia de San Eustorgio.

Para justificarse, el clero milanés inventó una leyenda según la cual, el obispo Eustorgio, cuando se trasladó hasta Constantinopla para que Constantino aprobase su nombramiento como sucesor de san Ambrosio, le solicitó al emperador el favor de poder llevarse consigo los restos de los magos, cosa que al parecer consiguió, regresando a su ciudad cargado con un sarcófago de mármol que, obviamente, instaló en su iglesia.

En el año 1164, cuando Federico Barbarroja saqueó Milán, su archicanciller y arzobispo de Colonia, Raynaud Dassel, no desaprovechó la ocasión y robó las supuestas reliquias de los magos, que reposaban a la derecha del altar mayor de la iglesia de San Eustorgio, para trasladarlas a su diócesis. Tan venerables y viajados huesos fueron depositados en un sarcófago labrado en oro y plata y, en su honor, en el siglo XIII, fue construida la catedral dedicada a los «Tres Reyes de Colonia».

Con el nuevo emplazamiento también llegaron leyendas aún más estupendas. Una de ellas asegura que cada calavera aún mantiene su respectiva corona real y, según se cuenta que dijo Pedro de Gumiel, abad cisterciense castellano al que dejaron permanecer a solas y en silencio en la morada alemana de los magos, dentro de la tumba se oye música de flauta y el relinchar de briosos caballos. En el año 1903, el cardenal de Colonia devolvió al de Milán una pequeña parte de esos huesos milagrosos, pero no se dejó constancia sobre cuál de las dos ciudades goza ahora de los servicios del flautista de ultratumba.



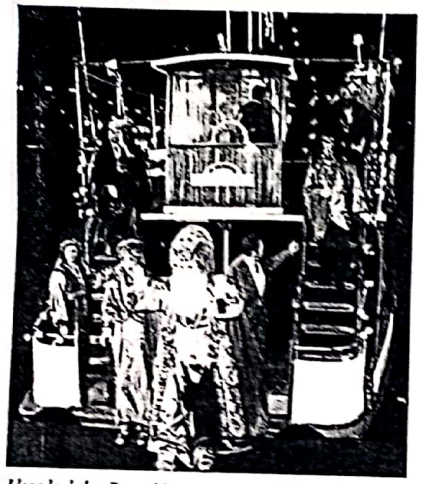


*Catedral de Colonia erigida en honor de los tres Reyes Magos durante el siglo XIII.*

Si se quiere otra versión sobre el destino de los cuerpos de los Reyes Magos, puede recurrirse también a lo relatado por el viajero Marco Polo, según el cual, a finales del siglo XIII, en la ciudad persa de Sava (la actual Saveh, próxima a Teherán), fueron hallados sus reales despojos, enterrados en tres tumbas contiguas, en estado incorrupto y conservando aún el cabello y la



Digitalizado com CamScanner



*Llegada de los Reyes Magos a puerto, el día 5 de enero, en su regreso anual cargados de juguetes y regalos.*

*La presencia de los Reyes Magos es vivida por los niños como una fiesta en la que las ilusiones pueden realizarse.*

barba que permitía distinguirlos en vida.

En fin, así, tal como acabamos de resumir, unos personajes de los que nada se supo nunca y cuya existencia real fue, como mínimo, muy dudosa, acabaron con *sus* huesos en Colonia y, en virtud de su mito, fueron encargados de protagonizar una tan larga como anhelada travesía anual para colmar de regalos a los niños buenos.

### La fiesta del 6 de enero

A principios del siglo III —o antes del año 194, según otras fuentes—, las Iglesias orientales, coincidiendo con el día de la celebración pagana del nacimiento del *Aion*, símbolo del Tiempo Nuevo, instauraron la fiesta de la Epifanía (del griego *epifaneia*, apariencia). Esa jornada, el 6 de enero, los cristianos orientales no sólo conmemoraban el natalicio de Jesús —tal como pretendían hacer también sus correligionarios de Occidente, aunque en otra fecha—, sino, también, su bautismo, su primer milagro y la adoración de los magos persas.

En Occidente, en cambio, no comenzó a celebrarse la adoración de los magos hasta el siglo V y, entonces, dado que ya se había fijado la Navidad en el 25 de diciembre, se decidió separar ambas festividades y se reservó el 6 de enero para conmemorar la Epifanía, la manifestación de Jesús-Cristo al mundo a través de los magos de Oriente, su bautizo en el Jordán y el milagro de las bodas de Caná. Para los cristianos, tanto orientales como occidentales, esta festividad siempre ha mantenido una gran importancia en el calendario litúrgico y en la tradición civil.

La tradición de los Reyes Magos como generosos proveedores de juguetes y regalos a los niños es relativamente reciente y sólo fue adoptada en unos pocos países latinos, arraigando particularmente bien en España. El convertir su conmemoración en una fiesta infantil tuvo la finalidad de competir con la muy establecida tradición

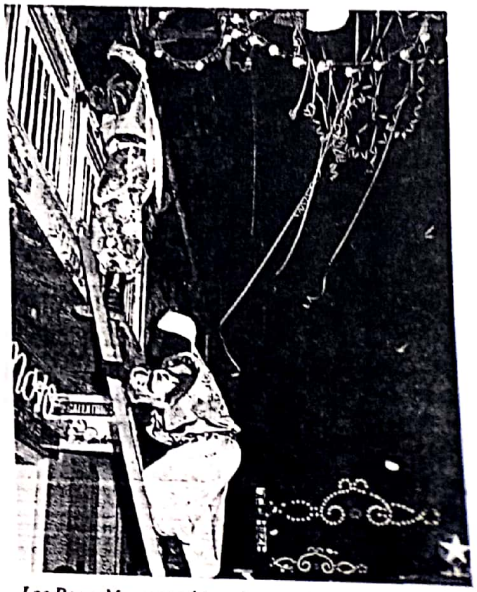


de san Nicolás, un obispo de la Iglesia oriental que vivió en el siglo IV y se caracterizó por su generosidad para con los débiles y los niños, virtud que le llevó a ser especialmente mitificado en el medievo, época en la que se le adjudicó el papel de dejar regalos a los niños mientras iba viajando por todas partes en un burro y vestido de obispo.

Los Reyes Magos no comenzaron a traer juguetes a los niños hasta mediados del siglo XIX, con anterioridad sus regalos se limitaban a cosas relacionadas con las necesidades de la vida cotidiana antes que con las del ocio. El rey Gaspar era el encargado de obsequiar con algunas golosinas, requesón, miel o frutos secos; Melchor tendía más a lo práctico y su fuerte era la ropa o zapatos nuevos; Baltasar jugaba el peor papel al tener que ocuparse de *castigar* a los niños traviesos dejándoles carbón o leña por todo regalo (aunque su dureza se suavizó bastante en este siglo, cuando transformó sus odiados presentes de carbón, leña, patatas y piedras en otros similares... pero hechos de azúcar y mazapán).

Para poder llevar a cabo su labor con justicia, los Reyes Magos disponían de la ayuda de unos duendes que espiaban a los niños y les contaban a sus jefes hasta los más mínimos detalles de su comportamiento, algo que muchos lamentaban cuando se encontraban con menos regalos de los solicitados. En este aspecto, la leyenda festiva de los Reyes Magos copió el mismo esquema que ya regía, desde hacía siglos, en las tradiciones nórdicas y centroeuropeas —o, también, en la leyenda italiana de la *Befana*, una especie de bruja buena que deja obsequios a los niños durante la víspera de Reyes—, en las que duendes buenos y malos se encargaban de dar a cada niño lo merecido, y que también acabaron por ser nombrados colaboradores de san Nicolás y Santa Claus en su anual reparto navideño.

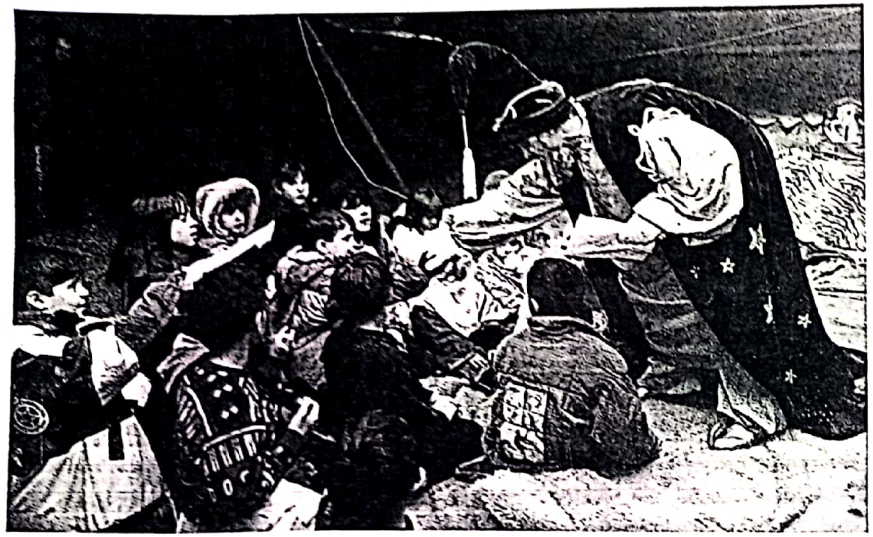
La costumbre, que se ha mantenido viva hasta algo más de la primera mitad del presente siglo, exigía que los niños depositasen sus zapatos limpios en el balcón, la noche de Reyes, para recibir junto a ellos, durante la madrugada, los presentes de los magos. En la mayoría de los pueblos se ponía también, junto a los zapatos, un plato de agua y un manojo de



*Los Reyes Magos no dejan de repartir sus obsequios a los niños a pesar del difícil acceso a las viviendas.*



Digitalizado com CamScanner



*La entrega de las cartas de los niños solicitando regalos a los Reyes Magos es uno de los momentos estelares de la festividad.*

algarrobas, o un poco de paja o yerba, para alimentar a los caballos reales, y se dejaba alguna pieza de fruta para Sus Majestades.

Para justificar la tradición de poner los zapatos en el balcón —que también se había copiado de las costumbres nórdicas y centroeuropeas para recibir los regalos navideños depositados por gnomos o por san Nicolás—, la Iglesia se inventó leyendas como la que sigue: dos compañeros de juegos del niño Jesús, apenados de verle siempre descalzo, debido a la pobreza de su familia, decidieron darle sus propios zapatos; para que tuvieran mejor aspecto, los generosos niños lavaron sus zapatos y los dejaron por la noche en el balcón para que se secaran... pero, al día siguiente, los zapatos aparecieron rodeados por los regalos que habían dejado los Reyes Magos a tan buenas criaturas.

La actualmente imprescindible «carta a los Reyes» comenzó a popularizarse durante el primer cuarto del siglo XIX. En un principio, los niños españoles dejaban en el balcón de sus casas las cartas petitorias destinadas a los Reyes Magos, y no fue hasta el último cuarto del siglo pasado cuando empezó a implantarse la costumbre de enviar tan importantes misivas por correo (Santa Claus ya las recibía por este medio desde al menos un par de décadas antes).

Mucho más reciente aún es la costumbre de los regalos de Reyes para los adultos, que no ha sido más que la consecuencia lógica de la sociedad industrial moderna, que nos ha dotado de mayores posibilidades económicas para poder adquirir bienes superfluos, al tiempo que necesita forzar las ventas para mantener su frágil prosperidad, y que nos ha hecho volcar más y mejor hacia el consumismo —cualquier ocasión es buena excusa para comprar, regalar y gastar— que hacia el respeto o mantenimiento de las tradiciones. Y la fiesta de Reyes, desde hace dos siglos, no tiene otro sentido que el ser una celebración en beneficio exclusivo de los niños.

Sin embargo, aunque se trate de una festividad infantil, la función educadora de los padres debería contribuir algo más a evitar la irrefrenable ansia consumista que, por estas fechas, parece adueñarse de la mayoría de los menores actuales. Una carta escrita por un niño y dirigida a los Reyes Magos —recogida por José Manuel Esteve, profesor de pedagogía de la Universidad de Málaga—[6] resulta suficientemente elocuente y paradigmática a este respecto:

«A S.S. M.M. los Reyes Magos de Oriente, Melchor, Gaspar y Baltasar. Mis queridos Reyes:

»Yo soy Iván Darío y quiero todo lo que hay en El Corte Inglés. Soy muy bueno.»

Por muy obediente y bondadoso que hubiese sido el tal Iván Darío, parece obvio que a tan temprana edad ya había extraviado el sentido de la mesura, quizá como consecuencia de que sus padres y su entorno habían olvidado ya, desde mucho antes, el verdadero sentido de las celebraciones navideñas.

*La emoción de encontrarse junto a un Rey Mago es tan intensa que apenas pueden salir las palabras.*

En este contexto, además, desde hace un par de decenios, la lucha entre los Reyes Magos y Papá Noél es cada día más encarnizada. Las dos celebraciones se han impuesto colmar de regalos a grandes y pequeños, sólo que los que trae Papá Noél pueden disfrutarse durante todas las vacaciones y los de los sufridos Reyes no, puesto que llegan al final del período festivo; ésa es la fuerza del primero sobre los segundos. No obstante, mientras el presupuesto familiar aguante, los comercios podrán seguir poniendo una vela al barbudo *mago* pagano de las nieves y otra a los *magos* cristianos del desierto.





Digitalizado com CamScanner

## Herodes y la inexistente matanza de los inocentes

Directamente relacionado con la presencia de los magos en Belén está un suceso que ha dado pésima fama al rey Herodes: la famosa matanza de los niños inocentes, conmemorada por la Iglesia católica el 28 de diciembre, una fecha absolutamente imposible si es que se quiere creer que los Reyes Magos visitaron el pesebre el 6 de enero.

Según el relato de *Mateo*, «partido que hubieron [los magos, por un camino que evitaba pasar por el palacio de Herodes], el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: "Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo." Levantándose de noche, tomó al niño y a la madre y se retiró hacia Egipto, permaneciendo allí hasta la muerte de Herodes, a fin de que se cumpliera lo que había pronunciado el Señor por su profeta, diciendo: "De Egipto llamé a mi hijo." Entonces Herodes, viéndose burlado por los magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños que había en Belén y en sus términos de dos años para abajo, según el tiempo que con diligencia había inquirido de los magos. Entonces se cumplió la palabra del profeta Jeremías, que dice: "Una voz se oye en Ramá, lamentación y gemido grande; es Raquel, que llora a sus hijos y rehúsa ser consolada, porque no existen"» (*Mt* 2,13-18).

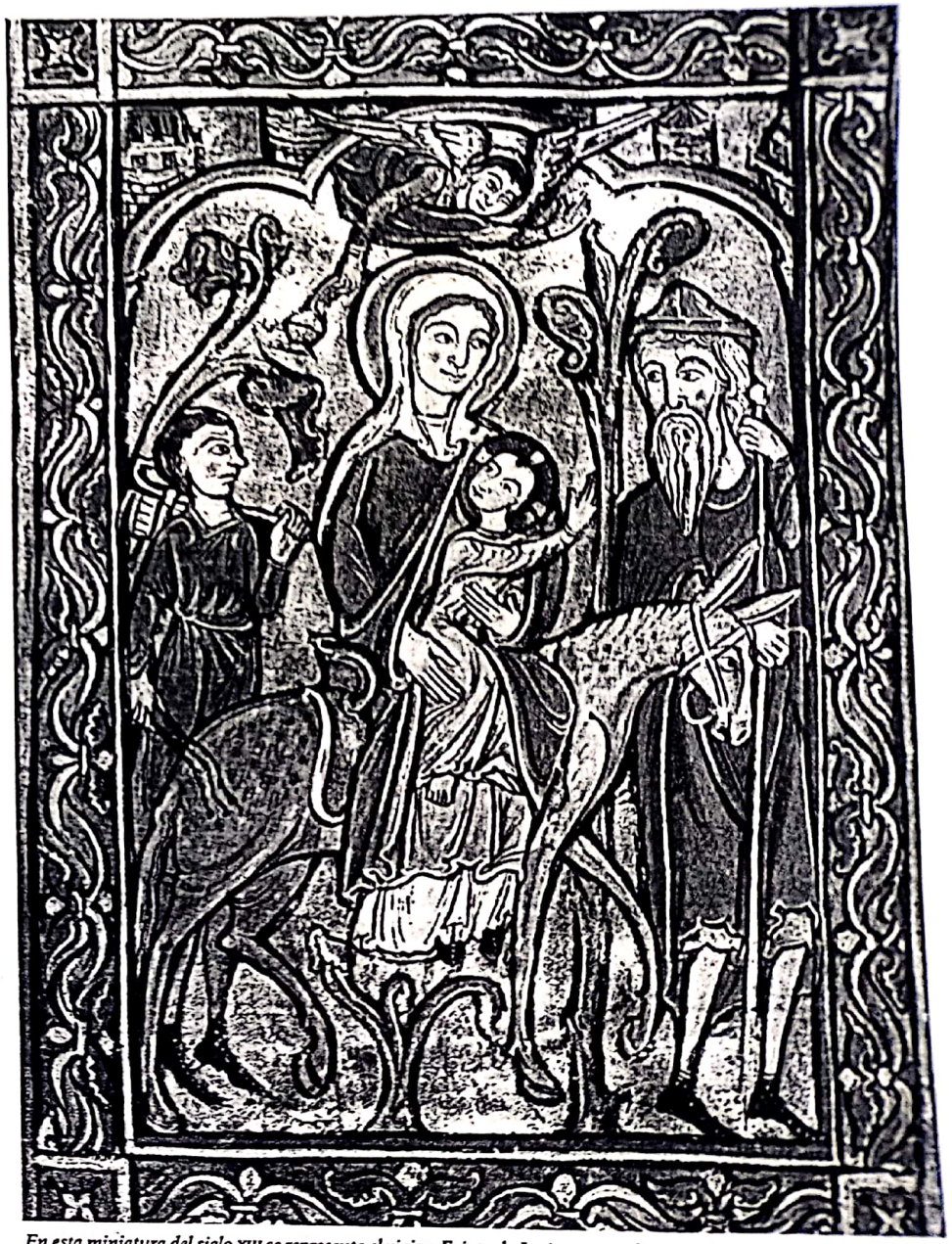
La narración muestra a un Herodes ciertamente estúpido que, aún «turbado» al saber del nacimiento del rey mesías que podía destronarle (*Mt* 2,3-5), fue incapaz de mandar a sus soldados a Belén, situado a poca distancia de su palacio, para prenderle y, en lugar de enviar, al menos, a alguno de sus espías para que le informasen con diligencia, se quedó esperando las noticias de tres magos desconocidos que se habían declarado adoradores del recién nacido. Un *recién nacido* que, según cabe deducir de *Mateo*, podía tener hasta dos años, puesto que ésa fue la edad que el rey le indicó a sus sicarios.

En fin, los datos históricos reales acerca de Herodes y de su tiempo denuncian que este suceso nunca existió, dado que, por ejemplo, no fue reflejado por el historiador judío Flavio Josefo (c. 37-103 d.C.) en sus *Antigüedades judías* o en cualquier otra de sus documentadas obras; este autor, que luchó contra los romanos en la guerra judaica, nunca dejó de dar noticia de las persecuciones o masacres cometidas contra su pueblo, resultando del todo imposible que no recogiera la noticia de la matanza de los niños si ésta hubiese acontecido de verdad.

Por otra parte, dado que los judíos, sometidos al Imperio romano, no podían aplicar la pena de muerte contra sus conciudadanos sin el preceptivo permiso del gobernador imperial, resulta tan imposible que Herodes pudiese ordenar la matanza como que el rey judío hubiese quedado sin castigo por parte de la autoridad romana si los hechos se hubiesen producido realmente.

Esta leyenda, que fue tomada de anti-





*En esta miniatura del siglo XIII se representa el viaje a Egipto de Jesús y sus padres tras el inicio de la persecución de Herodes.*

Digitalizado com CamScanner

guas y conocidas tradiciones paganas, fue intercalada en *Mateo* —único texto canónico en que aparece— con una función muy concreta: reforzar la credibilidad del mito básico del cristianismo dando *cumplimiento* a dos supuestas *profecías* sobre Jesús.

En toda la Antigüedad fueron muy comunes las leyendas de reyes que, prevenidos por alguna profecía, perseguían a muerte a «hijos de Dios» nacidos de una virgen, con la intención de evitar su anunciada entronización[7]; un empeño que, lógicamente, la estructura mítica del relato convertía en vano. Fundadores de dinastías reales de todo el planeta y reformadores religiosos cuentan en su haber mítico con un episodio de persecución siendo aún recién nacidos. Sirva de ejemplo prototípico la descripción sucinta de una parte de la leyenda del nacimiento de Krisna, octava encarnación de Vishnú, segunda persona de la trinidad brahamánica, que hacemos seguidamente:

Los astrólogos —o un *diablo*, según otra versión del mito— habían pronosticado a Kansa, el tirano de Mathurâ, que un hijo de su hermana Devakî le arrebataría la corona y le quitaría la vida, por lo que el soberano ordenó la muerte de su sobrino Krisna tan pronto naciese, pero éste, gracias a la protección de Mahâdeva (el Gran Dios o Shiva), pudo ser puesto a salvo por sus padres con la colaboración de la familia de su fiel servidor Nanda, un pastor de vacas que vivía al otro lado del río Yamunâ. Cuando se enteró de la desaparición del recién nacido Krisna, el rey Kansa, para asegurarse de la muerte del niño, ordenó la matanza general de cuantos niños varones habitasen en su reino, siendo asesinados todos menos el divino Krisna.

El origen de la historia mítica de la persecución de Jesús y la matanza de los inocentes pudo proceder de Oriente, tal vez de la propia India o de Egipto —lugar donde fue redactado el *Evangelio* de Mateo hacia el año 90 d. C.—, y la encontramos en leyendas tan dispares como la de Moisés, salvado de la matanza de niños hebreos ordenada por el faraón (*Ex* 1,15-22; 2,1-25) para, según la tradición recogida por Flavio Josefo, impedir «la llegada de un niño hebreo destinado a humillar a los egipcios y glorificar a los israelitas»; la de Abraham, muy similar a la de Moisés, según una tradición judía recogida en un *Midrash* tardío[8]; o la del emperador romano Augusto (62 a.C.-14 d.C.), que se libró de la muerte a la que el Senado condenó a todos los varones nacidos en un mismo año para evitar la aparición de un monarca profetizado[9].

Antes que todos ellos, aunque dentro del contexto de un universo simbólico diferente, Zeus —padre de los dioses y de los mortales—, según se refiere en la *Teogonía* de Hesíodo (c. 750 a.C.), ya había escapado de ser devorado al nacer por su propio progenitor, Cronos —que había sido advertido de que uno de sus hijos le arrebataría el trono—, gracias a su madre Rea y a una argucia de su abuela Gea (la Tierra), que lo escondió en Creta y engañó al poderoso Cronos dándole a comer una piedra envuelta en los pañales del nuevo niño-dios. Resulta evidente, pues, que tanto en Oriente como en Occidente la base de esta leyenda circulaba ampliamente y desde muy antiguo.



Parece obvio, por tanto, que la leyenda de la «persecución y huida» existía ya previamente en la mítica pagana y que estaba asociada al destino triunfante de grandes personajes; pero queda por tratar un argumento de peso para los creyentes, eso es que dos profetas, Oseas y Jeremías, habían anunciado este suceso. De hecho, si repasamos el texto de *Mateo* antes citado (*Mt* 2,13-18), encontraremos que la *veracidad* del relato se basa en que viene a dar cumplimiento a lo dicho en *Os* 11,1 y en *Jer* 31,15, una presunción que carece de fundamento.

El texto de Oseas —que dice exactamente: «Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más se les llama, más se alejan. Ofrecen sacrificios a los baales e incienso a los ídolos...» (*Os* 11,1-2)— sólo puede ser entendido dentro del contexto histórico de la época del profeta, durante los reinados de Jeroboam II y Azarías, cuando Judá estaba sometida al dominio asirio y los cultos paganos (a Baal y otros dioses) ganaban fuerza merced a la debilidad de los monarcas hebreos. Oseas, como su contemporáneo Isaías, rechazó y denunció con fuerza esa situación y tal es el único sentido que tienen los versículos reproducidos y cuantos les siguen. En caso de querer personalizar la frase «de Egipto llamé a mi hijo», que está escrita en tiempo pasado, ésta podría atribuirse, quizás, a Moisés, pero nunca jamás a Jesús.

La otra supuesta profecía en la que *Mateo* pretende apoyar su interesada invención de la «matanza de los Inocentes» la encuentra el evangelista en los siguientes versículos de *Jeremías:* «Así dice Yavé: una voz se oye en Ramá, un lamento, amargo llanto. Es Raquel que llora a sus hijos y rehúsa consolarse por sus hijos, pues ya no existen» (*Jer* 31,15).

*Ramá*, que significa altozano, era la palabra hebrea empleada para designar a los santuarios paganos, que estaban situados en pequeñas elevaciones del terreno. La *Ramá* de este pasaje bíblico, que en la *Vulgata* aparece traducida como *in excelso* (lugar en lo alto), había sido tomada por el nombre de una localidad en la *Biblia de los Setenta* y desde este error partió *Mateo* para identificarla con Belén, ciudad en la que, según *Gén* 35,19, había sido enterrada Raquel, la mujer del patriarca Jacob.

Pero aún aceptando la equivocación de considerar a Ramá como un lugar, éste nunca podía ser Belén, situado al sur de Jerusalén, dado que un poco más al norte existía realmente una ciudad denominada Ramá (o Rama); por otra parte, si bien la tradición sitúa la tumba de la esposa de Jacob en Belén, la Raquel a que se refiere *Jeremías* no pudo ser la Raquel de Jacob ya que a ésta la sobrevivieron sus hijos y, por ello, nunca pudo haber llorado su muerte.

Si se quiere encontrar algún «amargo llanto» relacionado con niños y con *Ramá*, habrá que remontarse muy atrás en el tiempo, hasta los esporádicos sacrificios



Digitalizado com CamScanner

de niños realizados en los altozanos por los cananeos —de quienes tomaron los israelitas el ritual de sacrificar sobre un altar, aunque evitaron las *efusiones* humanas—, con la finalidad de intentar aplacar a sus dioses ante el anuncio de alguna futura amenaza o catástrofe pronosticada por los adivinos y astrólogos de esos reyes orientales. Estos hechos fueron perfectamente conocidos por los hebreos[10] y sin duda se sumaron al fondo común de las leyendas paganas acerca de la persecución a muerte de «hijos del Cielo» y las consiguientes masacres de «niños inocentes» ordenadas por viejos reyes tiranos.

Aunque la persecución de Jesús por Herodes nunca aconteció y los niños inocentes tampoco perdieron la vida a manos de los soldados del rey, debe resaltarse que esta leyenda tiene un trasfondo profundamente conectado con la época navideña.

Lo que el mito muestra es, de nuevo, el ciclo estacional de la Naturaleza. El perseguidor, siempre viejo, terrible y hostil, es la representación del invierno, que pretende eternizarse para siempre. El perseguido, recién nacido, es el sol —en su solsticio hiemal— que promete crecer hacia la primavera, llenando de dones, esperanza y posibilidad de supervivencia a la humanidad. Un año tras otro, el Niño Sol vence al Viejo Invierno desbaratando sus negros propósitos. Eso es la Navidad.

## NOTAS

1. Un dios que, como ya comentamos, se desarrolló a partir de la antigua divinidad funcional indoirania Vohu-Manah. Para los expertos, los magos fueron una corporación sacerdotal que se originó en una tribu meda, especialmente dedicada a la práctica de un ritual propio en el que se manifestaba un viejo culto ario. Los magos, que frente a la hegemonía persa se mantuvieron fieles a los ideales medos, estuvieron vinculados a la región montañosa de Azerbaidján, donde aún se conservan muy puras las primitivas prácticas arias. Sólo fueron, quizás, una secta, hasta que, bajo los sasánidas, se convirtieron en el sacerdocio oficial que organizó el mazdeísmo; aunque antes fueron sacerdotes del fuego —que en todas las culturas está vinculado a los ritos del solsticio de invierno— que celadores de Ahura-Mazda. *Cfr.* Guirand, F. (1960). *Mitología General.* Barcelona: Labor, pp. 429-430.

2. Según se refiere en los *Hechos de los Apóstoles*, Simón Mago le pidió a Pedro que le vendiese la capacidad de hacer que el Espíritu Santo descendiese sobre quien él quisiese mediante la imposición de manos (*Cfr. Act* 8,9-24). De este personaje derivó el término «simonía».

3. Respecto a la mirra cabe recordar una leyenda precristiana según la cual, Mirra, portando en sus entrañas al dios Adonis, fue transformada por los dioses en el árbol de la mirra que, cuando llegó el momento del nacimiento, se abrió y alumbró al niño divino, que fue recogido por las ninfas de la región y criado en las cuevas de Arabia. El mito de Adonis le hace ser muerto y resucitado, igual como el ciclo anual de la Naturaleza que simboliza, y en una de sus iconografías aparece envuelto en pañales en brazos de Venus Madre, un claro precedente, como ya mencionamos, de las representaciones cristianas de la Virgen y el Niño.

4. *Cfr.* Santos, D. (1992, diciembre). Jesús: mesías irrepetible. *Más Allá* (46), Especial Navidad, p. 10.

5. Madre de Constantino y, en realidad, una pagana que trabajó como tabernera *(estabularia)* y no pasó de ser la concubina de Constancio Cloro, padre del emperador, aunque la Iglesia la nombró santa por orden de su hijo. *Cfr.* Rodríguez, P. (1997). *Mentiras fundamentales de la Iglesia católica.* Barcelona: Ediciones B., p. 249.

6. *Cfr.* Esteve, J.M. (1993). *Influencia de la publicidad en Televisión sobre los niños. Los anuncios de juguetes y las cartas a los Reyes.* Madrid: Narcea, p. 157. Ver también Rodríguez, P. (1993). *Qué hacemos mal con nuestros hijos (El drama del menor en España).* Barcelona: Ediciones B., pp. 171-180.

7. *Cfr.* Rodríguez, P. (1997). *Mentiras fundamentales de la Iglesia católica.* Barcelona: Ediciones B., pp. 132-135.

8. Reproducido en Campbell, J. (1992). *Las máscaras de Dios: Mitología occidental* (vol. III). Madrid: Alianza Editorial, pp. 370-371.

9. *Cfr.* Suetonio, *De vita Caesarum*, capítulo dedicado a la vida de Octavio.

10. Se ha mantenido que los sacrificios de niños fueron practicados de nuevo en Judá en tiempos del rey Ajab o Ajaz (c. 735-715 a.C.), aliado de los asirios, y que se celebraban en el valle de Ben-Hummonm (más conocido como valle de Hinnom), cercano a Jerusalén, pero los historiadores actuales piensan que este dato no tiene base real; dado el contexto histórico de esos días, del que son testigos críticos Oseas, Isaías y otros profetas, es muy probable que se trate de una leyenda negra nacida para desacreditar al monarca que se había aliado con los enemigos paganos. Conviene recordar que el sucesor de Ajab fue Ezequías y que éste emprendió una profunda reforma religiosa para eliminar de Judá el paganismo de origen asirio.



Digitalizado com CamScanner

# 5

# La misa del gallo, un canto por el nacimiento divino

Para los católicos de todo Occidente y Latinoamérica, la misa que se oficia a partir de la medianoche de Navidad, conocida popularmente como misa del gallo, es la más entrañable del año y, en general, también es la más concurrida de cuantas se celebran. El significado que esta misa tiene para los creyentes lo encontramos adecuadamente descrito en un texto como el del famoso *Catecismo holandés*[1]:

«En la noche más larga del año, la Iglesia rememora el nacimiento de Jesús. Y lo hace celebrando la eucaristía tres veces: a medianoche, al alba y a mediodía, cada vez con cantos y plegarias nuevos. Esta costumbre nos viene de Jerusalén. Allí se celebraba la vigilia en Belén. Al despuntar el día la procesión llegaba a Jerusalén. Hacia mediodía se acudía a la iglesia más importante de la ciudad. De aquí viene la triple celebración de misas del día de Navidad.

»A medianoche, cuando los fieles se reúnen, las órdenes contemplativas de todo el mundo ya han cantado largos maitines de Navidad, dos horas largas de salmos, lecturas de Isaías, del papa León el Grande, de Gregorio el Grande, de Agustín y de Ambrosio, todo un largo clamor de admiración. De esta manera se prepara la Iglesia contemplativa, mientras la mayoría de nosotros acabamos los últimos toques preparativos entre nuestras familias, en esta noche en que las profecías se cumplieron y en que María y José hacían los preparativos para el nacimiento.

»La misa de medianoche comienza con un canto que nos habla del nacimiento eterno del Hijo en el seno del Padre. "El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, hoy yo te he engendrado." La lectura de la epístola está extraída de la carta a Titus: "Sí, se ha manifestado ya el amor de Dios, que es capaz de salvar a todos los hombres" (*Tit* 2,11-15). Después de los cantos de meditación, sacados de los salmos reales, la liturgia de la palabra de esta noche llega al clímax con la simple narración del nacimiento: un censo llevó a José y María a la ciudad de David, Belén. "Y sucedió que,

Digitalizado com CamScanner

estando ellos allí, se cumplieron los días de su parto. Ella dio a luz a su primogénito, le envolvió en pañales y le reclinó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada" (*Lc* 2,6-7) (...). Acabada esta narración del nacimiento viene la homilía sobre el misterio del día. Después, el Ágape del Señor.»

El recogimiento y sobriedad con que los creyentes actuales participan en esta misa tiene muy poco que ver, sin embargo, con la manera en que se vino celebrando el oficio de la medianoche de Navidad entre la Edad Media y principios de este siglo. En el pasado, el acto litúrgico quedaba sumergido bajo una alegría popular desbordada que solía resultar escasamente respetuosa con el entorno eclesial en que se daba rienda suelta.

## Un gallo fue el primero en ver el nacimiento

La denominación de misa del gallo para la eucaristía de medianoche parte de una antiquísima fábula que afirma, en diferentes versiones, que el primer ser vivo que presenció el nacimiento del niño Jesús, en la cueva de Belén, y lo comunicó al mundo, fue un ave. En unos casos el afortunado fue un pájaro —de los llamados *ermitaños* o *cabañeros*, por ser ésos sus lugares habituales para anidar— que vivía en la cueva y voló raudo para avisar a todas las otras aves de tan fausto acontecimiento; el gallo, debido a su potente voz y a su función diaria como encargado de notificar a los humanos el nacimiento del sol en el horizonte, acabó representando al conjunto de las aves.

En otros relatos, el primer testigo del hecho prodigioso fue un gallo que estaba instalado en lo alto del establo y se ocupó inmediatamente de pregonar —o, más bien, cacarear— la buena nueva a los cuatro vientos de la madrugada, comenzando por el buey y el asno, evidentemente, siguiendo por los pastores y sus ovejas, y acabando por la gente que vivía en la región. Este orden de aviso dio lugar también a las denominaciones populares que han recibido las tres misas del día de Navidad: la primera es la «del gallo», «del sol» o «de la aurora», la segunda es la misa «de los pastores», y la tercera es la «de la gente».

Desde el punto de vista simbólico, el gallo representa un signo solar en la mayoría de las culturas, está íntimamente asociado a la fecundidad y al renacimiento (tanto del sol como de los muertos). En el Cristianismo se le hizo emblema de Jesús-Cristo, precisamente por su antiguo significado como mensajero o portador de la luz y la resurrección.

En cualquier caso, en los templos, hasta principios del presente siglo, fue habitual que la llegada de la medianoche de Navidad fuese anunciada y remarcada con un canto de gallo que, según los lugares, solía ejecutar un niño situado en el coro, un pastor de entre los asistentes a la misa o un gallo de verdad que se llevaba a la iglesia para este fin. De ahí le viene, también, el nombre de misa del gallo a este oficio de medianoche.

*El canto coral dentro de las iglesias ensalza la devoción popular ante el misterio cristiano del nacimiento divino.*

Digitalizado com CamScanner

## Los jolgorios tradicionales de la misa del gallo

La base litúrgica de las tres misas de Navidad tiene su origen en los dos primeros siglos de existencia de la Iglesia católica propiamente dicha. La misa del día de Navidad data de finales del siglo IV, la misa del alba fue instituida a comienzos del siglo V, y la misa de la medianoche (Nochebuena) apareció después del concilio de Éfeso (431). Con el paso del tiempo, todas ellas fueron modificadas y enriquecidas con nuevas liturgias y, también, con aportaciones profanas de todo tipo. La celebración que más popularidad ha alcanzado y conservado es la de medianoche, la misa del gallo.

A pesar de que en toda la península Ibérica esta misa se vino celebrando tradicionalmente en la medianoche de Navidad, tal como ocurre hoy, en algunas zonas se produjeron cambios de horario importantes. Así, por ejemplo, Ramón Violant, al hablar de la misa del gallo, en 1948, escribía que «en un principio se celebraba al punto de la medianoche, tal como en algunos lugares aún se hace, pero después en muchos pueblos se trasladó hasta las primeras horas matinales, generalmente al apuntar el día, y así se celebra todavía en casi todas nuestras zonas rurales [se refiere a las de Cataluña, pero sucedía lo mismo en otras regiones españolas].

»Esta misa —prosigue Violant— era una de las más animadas y concurridas del año; puesto que acudía todo el mundo, grandes y pequeños y de todos los estamentos, muchas veces acompañados de panderos, triángulos, castañuelas, pitos, vejigas de gallo y de cerdo infladas, que reventaban, etc., dispuestos a armar jarana abusando un poco de la libertad que se concedía en esta primera misa de las que se celebran por Navidad. En los pueblos ganaderos, además, acudían los pastores vestidos con toda la indumentaria típica de su oficio, la más nueva en uso, el cayado o el vergajo en la mano y generalmente acompañados de un cordero o carnero guarnecido que hacían que les siguiese en el momento de adorar al Jesusito; creándose así el proverbio: *"Per Nadal el bon pastor va a adorar amb el seu moltó"* ["Por Navidad el buen pastor va a adorar con su carnero"]. En este acto se adelantaban a todos, en recuerdo de que los humildes pastores fueron los primeros en enterarse de la venida del Mesías entre los hombres, así como también tuvieron preferencia para adorarlo y reverenciarlo dentro del establo de Belén»[2].

La adoración de los pastores durante la misa de medianoche tuvo su origen en los dramas litúrgicos que se celebraban a comienzos del siglo XI. En un principio se empezó por intercalar tropos o expresiones figuradas en los textos litúrgicos, como, por ejemplo, cuando el oficiante, antes del introito de la misa, se preguntaba: *«Quem quo-eritis in prosepe, pastores, dicite?»* («Decidme, pastores, ¿qué buscáis en el pesebre?»), afirmando acto seguido: *«Respondent: Salvatorem Christum Dominum...»* («Ellos responden: al Salvador Cristo Señor...») De esa figuración verbal, ya en el siglo X se pasó a dramatizar mediante pastores reales la escena de la adoración del niño Jesús en el pesebre; una práctica que ya estaba sólidamente asentada y primorosamente cuidada en el siglo XVI y que pervivió hasta el primer cuarto del presente siglo.

La misa del gallo, desde la Edad Media, se transformó en una celebración multitudinaria en la que lo sacro y lo profano acabaron confundidos en medio de escenificaciones populares y muestras de júbilo que, en general, eran poco o nada respetuosas con el lugar y la ocasión en que se realizaban.

Una de las costumbres, extendida por todas las regiones mediterráneas, desde Cataluña hasta Andalucía, y presente también en tierras de Castilla, requería instalar en la iglesia a una joven que acabase de parir, junto a su bebé —en caso de no haber ninguna en el pueblo era sustituida por una jovencita virgen y una imagen del niño Jesús—, acompañada del hombre más barbudo del lugar, al que un tiempo antes se le requería para que descuidara su barba y la dejara crecer a su aire.

Durante la misa, presidida por esta representación de la *Sagrada Familia*, la madre debía acariciar y besar muy a menudo al bebé, recibiendo el beneplácito de toda la parroquia, pero cuando el pobre *san José* se disponía a hacer lo propio con su divino *hijo*, todos los fieles, una vez tras otra, estallaban en gritos de protesta contra él y le exigían, a voces, bajo amenazas y burlas, que se cortase la barba. En muchos lugares, además, se organizaba una especie de baile o charanga que pretendía afeitarlo en medio de la misa.

Algunas de las figuras del niño Jesús que se exponían a la adoración popular en esos días tuvieron un éxito poco común, tal como sucedió con una instalada en La Seu d'Urgell (Lérida), que le gustó tanto al rey Fernando VII —monarca entre 1814 y 1833— y a su esposa que éste le regaló una minúscula banda de general, hecha a su medida, y le concedió el título de capitán general, razón por la cual esa imagen se conoció como la del «General de los niños». Y en no pocos lugares, como es el caso de la iglesia de los capuchinos de la Rambla barcelonesa, se contaba en el pesebre con una reliquia de indudable valor: ¡una pajita! (procedente de la cueva de Belén, obviamente).

El jolgorio era la nota predominante de esta misa y nadie estaba dispuesto a renunciar a su parte de diversión, realizada en honor del niño Jesús, claro está. Los jóvenes, como ya citamos, iban pertrechados con todo tipo de instrumentos musicales navideños y objetos ruidosos, que, en muchos momentos, pero especialmente al llegar a la liturgia de la adoración, hacían sonar al tiempo que silbaban y cantaban; los menores llevaban diversos tipos de silbatos o reclamos para imitar el canto de pájaros y gallos; gente de todas las edades acudía hasta la iglesia con pájaros enjaulados, para que sus trinos alegrasen la larga misa, y los que habían sido cazados para la ocasión, eran puestos en libertad en el momento de entonar el *Gloria in ex-*





Digitalizado com CamScanner

*celsis Deo*, provocando una tremenda algarabía.

Los organistas también tenían licencia para completar las piezas sacras con tonadas populares que eran coreadas con gran animación por los feligreses. Y los más pequeños —y no pocos adultos— acababan revolcándose por el suelo del templo compitiendo entre sí por recoger los frutos secos que les tiraban desde el coro, a modo de una tan supuesta como celebrada lluvia celeste de las golosinas «que habían sobrado en el convite del bautizo del niño Jesús».

En el primer cuarto del siglo XIX, los pastores aún tenían en todas partes un papel fundamental en la misa del gallo y se les reservaba el privilegio de ser los primeros en adorar al niño Jesús, una ocasión que provocaba empujones y conflictos entre ellos ya que el primero que lograba llegar hasta el pesebre recibía la felicitación de todos... y tan gran honor requería que convidase a torta y vino dulce a sus aduladores. Con algunas variaciones, en las regiones de pastoreo esta costumbre pervivió hasta principios del siglo XX.

También durante la adoración, las mujeres asistentes a la misa del gallo depositaban cestas con pastas dulces caseras que luego, al acabar la ceremonia, iban a recoger a la sacristía, recibiendo pan bendecido a cambio del dulce presente, era el llamado «pan de Jesús», «torta de María» o, simplemente «pan de Navidad», del que trataremos en el capítulo 14.

La costumbre de repartir el «pan de Navidad» bendecido en la misa, en alguna de sus muchas variantes, era muy antigua; se distribuía entre los asistentes a la misa y éstos podían comerlo allí mismo o llevarlo hasta su hogar para comerlo en la cena posterior a la misa. En cualquier caso, la tradición mandaba dejar un sobrante de ese pan o torta para ser guardado como una especie de amuleto terapéutico al que sólo podía recurrirse en caso de enfermedad grave. Durante el último tercio del siglo XIX todavía estaba vigente este uso.

De esos días de sacra jarana partió también la costumbre de tener que estrenar alguna prenda de vestir, por pequeña que fuese, para asistir a la misa del gallo. Una frase catalana resume a la perfección la importancia social de hacerlo: *«Per Nadal, qui res no estrena, res no val»*, eso es «Por Navidad, quien nada estrena, nada vale». La razón para ello, según se afirmaba, es que tal comportamiento servía para atacar al demonio, envidioso por excelencia, tal como todo el mundo sabe; la norma suponía que cuanto más importante fuera la prenda nueva, mayor sería también el daño infligido al maligno, un estrago que, en general, consistía en hacerle perder algún dedo, un ojo, o la cola.

Esta tradición, extendida al día de Navidad, sigue estando hoy tan vigente como siglos atrás, aunque actualmente ya nadie se acuerde del verdadero motivo que le ha llevado a gastarse medio sueldo en la ropa que *debe* estrenar en esta fecha. A pesar de haber olvidado el fundamento de esa costumbre, el diablo debe de estar ya hecho polvo, o algo peor, si tenemos en cuenta el cuantioso gasto en ropa que la gente realiza anualmente por esta fiesta.



En fin, con el auge de la cultura urbana, desde hace apenas un siglo, los jolgorios populares habituales que caracterizaron la misa del gallo —perfectamente lógicos dentro del contexto de las ancestrales celebraciones agrarias del solsticio de invierno— fueron finalmente proscritos, dando paso a liturgias ordenadas y burocratizadas, completamente al gusto de la influyente burguesía urbana que comenzó a desarrollarse de la mano de la revolución industrial.

Del gallo legendario que dio nombre a la misa de la medianoche de Navidad ya no quedó más que eso, el nombre. Lo eclesial desterró completamente a lo popular, de la misma forma en que el mito cristiano navideño, entre los siglos IV y X, había desbancado progresivamente —de forma nominal al menos— a sus precedentes, las celebraciones agrarias ante la llegada del solsticio de invierno. Tras muchos siglos sin lograrlo, se quiso dejar claro que, aunque el niño Jesús y el niño Sol encarnen un mismo mito cosmogónico, del que ambos proceden, la conmemoración del primero no debía *contaminarse* con las formas festivas del segundo.

En todo caso, la misa del gallo católica cumple con la misma función de las liturgias que, en todos los contextos culturales, se erigen en un canto de admiración y agradecimiento por el mítico nacimiento divino —cualquiera que sea el nombre de ese recién nacido— que, un año tras otro, hace renacer en los creyentes la esperanza en el futuro.

## NOTAS

1. *Cfr. Nou Catecisme per a adults. Versió íntegra del Catecisme holandès.* Barcelona: Herder, 1969, pp. 79-80.

2. *Cfr.* Violant, R. (1948). *El llibre de Nadal.* Barcelona: Impremta de Salvador Salvadó, pp. 66-67. La edición facsímil que hemos empleado es la de Editorial Alta Fulla (1983).



Digitalizado com CamScanner

# 6

# Villancicos, el sonido de la Navidad

Si la Navidad actual tiene algún sonido que la identifica, ése es, sin duda ninguna, el de los villancicos.

Grandes y pequeños (aunque más éstos que aquéllos), armados con panderetas, zambombas y demás instrumentos adecuados para la ocasión, cantan con júbilo conmemorando el nacimiento de Jesús:

«En el Portal de Belén/ hacen lumbre los pastores/ para calentar al Niño/ que ha nacido entre las flores./ Gloria, gloria en el bien nacido;/ vaya, vaya otro villancico.

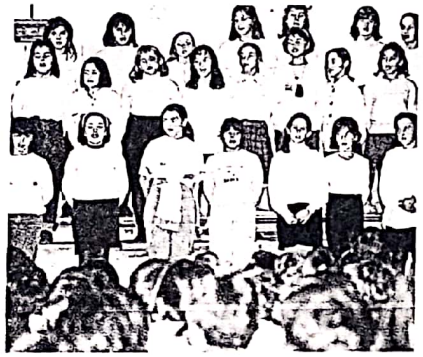
*La Navidad siempre ha sido una época de cantos populares. En la imagen se recoge un fragmento de* La Natividad *de Piero della Francesca (c. 1470).*



Digitalizado com CamScanner

»En el Portal de Belén/ en invierno es primavera;/ que el Mesías esperado/ en Jesús baja a la tierra./ Gloria, gloria en el bien nacido;/ vaya, vaya otro villancico.

»En el Portal de Belén/ hay estrellas, sol y luna,/ la Virgen y san José/ y el Niño que está en la cuna./ Ande, ande, ande, la marimorena,/ ande, ande, ande, que ya es Nochebuena.»



*Los coros infantiles cantando villancicos son una más de las tradiciones festivas navideñas.*

Actualmente se ha perdido ya la costumbre —habitual hasta la década de los sesenta— de que niños y adolescentes deambulen por las calles, en grupos, cantando villancicos y, si se tercia, solicitando aguinaldos. Hoy, los únicos villancicos que suenan por las calles —y no son pocos— proceden de los altavoces de los comercios y de los instalados por los ayuntamientos junto a la imprescindible decoración luminosa que corona las vías urbanas en esta época festiva. Pero, sin embargo, en el interior de los hogares —y también en colegios y otras instituciones—, los niños siguen celebrando la llegada de la Navidad cantando los villancicos de siempre.

Es más que probable que la tradición de los villancicos navideños sólo sobreviva hoy gracias a los niños y a los comercios: ansiosos de ilusión y alegría los primeros, ávidos de despertar el júbilo que fomenta las compras, los segundos; pero quizá no pueda pedirse mucho más a una sociedad mercantilizada que no se caracteriza precisamente por su fe en los antiguos mitos.

En los hogares donde no hay niños, la Navidad apenas si significa un período de vacaciones, compras y compromisos gastronómicos familiares. Quienes tienen hijos pequeños, en cambio, suelen abordar estas fechas con un espíritu bastante más navideño o, al menos, lúdico, reservando un espacio para que padres e hijos —a menudo con los abuelos y otros familiares—, reunidos ante el belén, el árbol de Navidad o alrededor de la mesa, durante la cena de Nochebuena, canten unos pocos villancicos aptos para oficiar a modo de un sortilegio que acerca la esperanza a quienes creen en ella.

Cantar villancicos en familia, a fin de cuentas, no es más que un acto de amor. Una forma de cerrar el círculo, ya que el origen de los villancicos hay que situarlo, precisamente, en los poemas cortesanos sobre asuntos amorosos que, entre los siglos XV y XVI, hicieron las delicias de las elites en los salones de la nobleza española. Luego pasarían a formar parte de las cantatas eclesiásticas para, finalmente, ser apropiados por el pueblo de a pie, que fue quien les dio la vida y la fuerza que les ha permitido llegar hasta hoy. Una cuestión de amor, tal como hemos dicho.



## Nacidos de los poemas cortesanos profanos del siglo XV

El villancico es un género de composiciones poético-musicales españolas que se extendió entre los siglos XV y XVI. En un principio fueron monódicos —recitados o cantados por una sola persona— pero pronto pasaron a ser polifónicos. La temática básica de casi todos los primeros villancicos fue profana, particularmente referida a los asuntos amorosos, y sólo más tarde, a causa de la tendencia a *sacralizar* la lírica, comenzaron a tratarse en ellos algunos argumentos religiosos, entre los que destacaron los relacionados con la Navidad.

Un ejemplo de los villancicos corrientes en los siglos XVI-XVII es el siguiente: «O quan lindo es el donzel/ y quan linda es la donzella/ lindo es el, y linda es ella./ Lindo sin comparación/ lindo que no tiene cuento/ lindo fue su nacimiento/ linda fue su concepción,/ o quan alindados son/ el donzel y la donzella,/ lindo es el, y linda es ella./ (...)./ El donzel aca entre nos/ desta donzella nacido/ nunca tal cosa se vio/ Virgen madre de hombre y Dios/ o que lindos son los dos/ el donzel y la donzella/ lindo es el, linda es ella./ El es el Señor que es/ el que rige el cielo y mar/ y ella aca no tiene par/ ni tiene cosa al reves/ si creeis saber quien es/ el donzel y la donzella/ lindo es el, y linda es ella.»[1]

La forma de los villancicos fue fijada por los poetas de los cancioneros de finales del siglo XV y su nombre, según algunos expertos, parece derivar del *villançete* de Carvajales, un poeta cortesano del rey Alfonso V. Cuando el villancico se sujetaba a una métrica rigurosa recibía el nombre de *cortés* y llegaron a ser exquisitamente refinados.

Su estructura clásica se compone de un estribillo inicial de medida variable (entre uno y cuatro versos, dependiendo del tema tratado), al que siguen una o más estrofas musicalmente tripartitas, cada una de ellas con una *coda* que retoma la melodía, el tema y la rima final del estribillo. Su forma, por tanto, era análoga a la del *virelai* francés antiguo, un género emparentado con la balada y el rondó que nació hacia la segunda mitad del siglo XIII, alcanzó su máxima difusión en el XIV y, en el siglo siguiente, fue rechazado por anticuado por los poetas de la Pléiade.

El diminutivo que originó la palabra villancico aludía a la gracia y frescor de este tipo de composición, pero la etimología *villano* —paralela a la de la *villanella* italiana, un tipo de composición de origen popular, sobre temas amorosos, que se extendió en el siglo XVI— llevaría a pensar en una procedencia rústica que está lejos de ser verdad. Contra la leyenda de la «tradición popular» del villancico cabe oponer una evidencia incontestable: toda la documentación de los siglos XV al XVII indica que este género se difundió básicamente en los ambientes cortesanos y fue musicado por algunos de los compositores más famosos de la época.



Digitalizado com CamScanner

## De las cantatas sacras al villancico popular

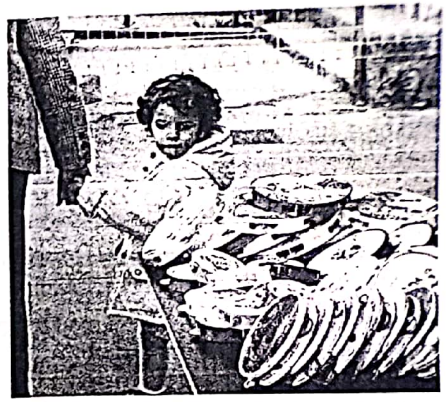
Durante los siglos XVII y XVIII el término villancico pasó a denominar una especie de cantata religiosa para solistas y coro, con acompañamiento instrumental, que se ejecutaba en los principales templos de cada ciudad durante las liturgias celebradas desde el día de la Inmaculada Concepción (8 de diciembre) al de Reyes, incluyendo la celebración de la Navidad, claro está. Estos villancicos sacros, escritos en latín y cantados durante la celebración solemne de los misterios, fueron popularizándose progresivamente por todo el orbe católico a lo largo del siglo XVII, pero las iglesias más pequeñas y modestas, que no disponían de medios para poder representar las solemnes cantatas, no tuvieron más remedio que fijarse en los ya muy celebrados villancicos *cortesanos,* adoptándolos como una especie de versión humilde y popular de la música sacra, y logrando así una buena alternativa que tanto servía para poder musicar los oficios religiosos de las clases menos afortunadas, como para fortalecer en ellas la tradición oral de los mitos navideños.

*En los* christmas *de los años sesenta, como éstos de Ferrándiz, abundaron los niños cantando villancicos.*

Sin embargo, la buena intención inicial acabó desbordándose en representaciones *teatrales* más bien licenciosas, que añadieron bailes a los cantos, transformando la celebración sacra en un alegre festejo popular (que, ciertamente, es el núcleo expresivo real de la celebración solsticial). Tal como ya mencionamos en el capítulo anterior, en la misa de Nochebuena, los jóvenes, en especial, armaban jarana —principalmente durante el momento de la adoración— cantando, silbando y haciendo sonar los instrumentos musicales con los que habían estado rondando por las calles hasta antes de asistir a la misa. La consecuencia de tal exceso de júbilo fue que las autoridades eclesiásticas acabaron por prohibir los villancicos dentro de los templos, quedando reservados éstos para ser cantados por las calles y en el interior de los hogares y locales públicos.



En 1948, Ramón Violant escribía «el pueblo cantaba villancicos típicos de la fecha que, si bien el canto gregoriano ha ido alejando de los templos de ciudades y villas, hasta hace poco aún se cantaban en la misa del gallo de nuestras zonas rurales, como aún se cantan poco o mucho en los hogares, coreados por pequeños y mayores llenos de unción, respeto y sana alegría, delante del pesebre, sobre todo al inaugurarlo y cerrarlo, durante las largas veladas del ciclo navideño y después del almuerzo y la cena del día de Navidad. Eso es que las ingenuas y festivas *canciones de Navidad* que antaño cantaban en todas partes, del 24 de diciembre al 6 de enero, o sea de la vigilia de Navidad a la festividad de Reyes, aún perduran y perdurarán poco o mucho, a pesar de la vida moderna»[2].



*Puesto de venta de panderetas y otros instrumentos musicales populares para acompañar los villancicos.*

Cinco décadas después, en puertas del siglo XXI, durante la época de Navidad, las emisoras de radio y los altavoces instalados en comercios y calles siguen avivando la tradición de los villancicos «a pesar de la vida moderna». Quizás ahora los cantamos bastante menos que a mediados de siglo, pero, sin duda alguna, los oímos mucho más.

En el libro *Guiness* de los récords figura una canción navideña, *White Christmas (Blanca Navidad)*, cantada por Bing Crosby, como el tema que más tiempo ha permanecido en cabeza de las listas de éxitos: 72 semanas. Y todavía hoy, *Noche de paz*, obra creada en la Navidad de 1818 por un sacerdote y un compositor aficionado de Oberndorf (Austria), sigue siendo el villancico más cantado en todo el mundo.

## NOTAS

1. *Cfr. Cancionero de coplas del Nacimiento de nuestro Señor Jesu Christo, para cantar la noche de Navidad. Compuesto por Francisco de Velasco, hermano mayor de los niños de la doctrina, de la ciudad de Granada. Ahora nuevamente con licencia impreso en Burgos, en calle de Juan Bautista Varesio: Año de MDCIIII.*

2. *Cfr.* Violant, R. (1948). *El llibre de Nadal.* Barcelona: Impremta de Salvador Salvadó, pp. 105-106.



Digitalizado com CamScanner

de Coca-Cola y publicados en periódicos como *Saturday Evening Post* y en revistas como *Ladies Home Journal, National Geographic* y otras. El pintor falleció en 1976, pero hoy todavía se siguen empleando sus imágenes en la publicidad navideña de Coca-Cola.

Santa Claus, hijo de la imaginación de Washington Irving y Clement Moore y nieto de la devoción de holandeses errantes, pudo reconocerse en el espejo por primera vez gracias a Thomas Nast, pero su última cirugía plástica, responsable de su aspecto actual, fue el regalo que le hizo Habdon Sundblom una víspera de Navidad. Coca-Cola se encargó de recordarnos, por si acaso, que la figura de Papá Noél tiene mucho que ver con la chispa de la vida.

## NOTAS

1. En Holanda, Suiza, y en algunas zonas de Austria y Alemania, el santo todavía suele ser representado como un hombre vestido de obispo que gusta escuchar a los niños recitando el catecismo antes de recompensarles con manzanas y nueces.
2. *Cfr. San Nicolás, fiesta típica holandesa*, edición de la Embajada de los Países Bajos, p. 2.
3. *Ibid.*, p. 5.
4. Personas que ejecutan ademanes, gestos o figuras burlescas.
5. En algunos lugares, por el contrario, la chimenea se apagaba y se limpiaba completamente hasta hacer desaparecer toda huella de ceniza. En el lugar de las brasas, sobre las losas, se ponía entonces unos pañales en medio de dos cirios, que debían quedar encendidos toda la noche.

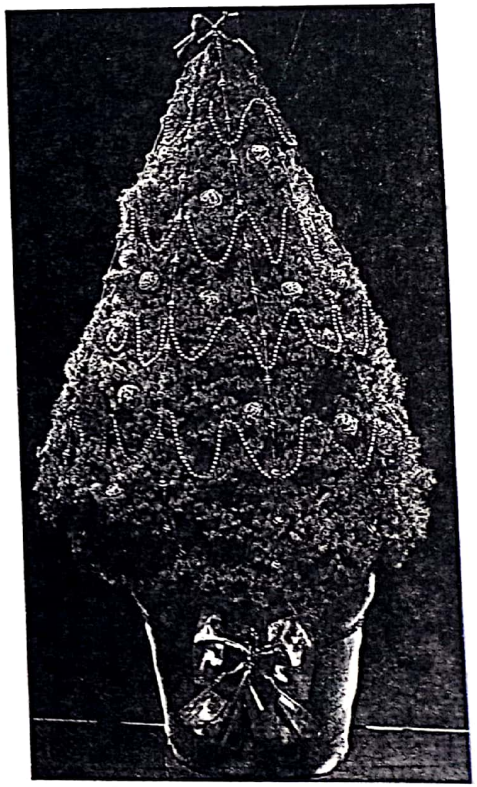


# 8

# El árbol de Navidad y sus adornos

Una de las actividades centrales de la celebración navideña actual se realiza en torno al proceso de montar el «árbol de Navidad». Primero se parte de *excursión* hacia ferias navideñas, o viveros de plantas, para comprar un pino o abeto de tamaño adecuado al de cada salón y/o presupuesto. Luego, ya instalado en casa, padres e hijos suelen compartir la ceremonia de colgar de las ramas del árbol el máximo número posible de bolas, campanillas, estrellas, herraduras, piñas, paquetitos de regalos, velas y minúsculas bombillas. Y cuando, por fin, tras concluir la sesión de adorno y proceder a enchufar la instalación eléctrica, el árbol comienza a centellear, parece que la Navidad se ha presentado de golpe en el hogar.

El abeto navideño acompaña todo el ciclo festivo de principio a fin, haciéndose presente a todas horas desde el lugar de honor que se le reserva en casas particulares, comercios, empresas, entidades públicas o en las calles y plazas principales de cada ciudad. Casi todos lo vemos como un



*Adornar el abeto de Navidad se ha convertido en una tradición que no falta en casi ningún hogar.*



Digitalizado com CamScanner

*Comprar el árbol navideño es una de las actividades lúdicas que se realizan en los días previos a la festividad.*

*Los adornos que se cuelgan del abeto tienen un significado propiciatorio desde tiempo inmemorial.*

adorno más, pero, sin embargo, materializa algunos de los simbolismos más maravillosos del solsticio de invierno.

### Origen y verdadero sentido de la decoración del árbol navideño

Entre el tercero y segundo milenio a.C., una diversidad de pueblos indoeuropeos —de origen aún desconocido, aunque se supone que procedían del sudeste europeo y de la Rusia meridional— se expandieron por Europa y Asia dentro de una gran franja que abarcó desde el río Indo hasta el océano Atlántico. En los hábitats de todas esas culturas fue especialmente importante el roble, un corpulento árbol de follaje caduco propio de los bosques centroeuropeos pero común también en las zonas mediterráneas.

El roble jugó un papel fundamental como aliado de la agricultura y la ganadería —y, por tanto, como elemento básico para la supervivencia de esos primeros aldeanos europeos— gracias a sus cualidades naturales, especialmente idóneas para mantener y potenciar la vida vegetal y animal a su alrededor, razón por la cual este árbol se convirtió en un *rey* del lugar, en el «Dios Roble», asociado al poderoso dios celeste del rayo y el trueno desde la más remota Antigüedad y, posteriormente, asociado también a Zeus y Júpiter, jefes supremos, respectivamente, del panteón de los dioses helenos y latinos, así como a Hércules, Thor y todos los otros dioses del Trueno.



Los árboles, símbolos vegetativos del bosque y expresión de las fuerzas fecundantes de la Madre Tierra, fueron objeto de culto en toda la Europa prerromana. El árbol sagrado por excelencia fue el roble, pero en las regiones donde éste no crecía naturalmente se traspasó su función mágica a otros árboles propios de cada zona. Así, por ejemplo, si tomamos como base la palabra céltica *tann*, que significa «árbol sagrado», vemos que en la Galia y Britania servía para identificar al roble, su árbol sagrado nacional, mientras que, en cambio, en Cornualles (sur del Reino Unido) —*glas-tann*, eso es «árbol verde sagrado»— designaba a la encina y en la Germania céltica denominaba al abeto. De hecho, tal como señala Robert Graves, Tannos había sido el nombre del dios del Trueno galo y Tina el del dios del Trueno armado con un rayo triple que los etruscos tomaron de las tribus goidélicas entre las que se establecieron[1].

Para nuestros antepasados europeos, los rituales mágicos asociados al ciclo agrario del espíritu del árbol fueron un elemento central de sus culturas. En todo el continente, pero especialmente entre los pueblos septentrionales, los aldeanos —aun en una época tan tardía como la Edad Media— se dirigían a los árboles del bosque y, tras ofrecerles algún regalo, invocaban la acción de sus espíritus con el fin de lograr protección para sí mismos, sus familias, propiedades y ganados, así como en demanda de cosechas abundantes. No se podía maltratar ningún árbol ya que, dado que todos ellos poseían espíritu, hacerlo acarreaba la desgracia y, en fin, antes de hundir el hacha en el árbol que iba a ser talado, el leñador debía pedirle perdón y, según las regiones, incluso tenía que cumplir alguna penitencia (como, por ejemplo, no cazar ciertos animales durante un tiempo) que fuese compensatoria ante la Madre Naturaleza.

Cuando, a mediados de otoño, las hojas del roble amarilleaban y caían, dejando el tronco y las ramas desnudas y con una apariencia desolada y nada atractiva, las culturas agrarias que adoraban los árboles creían que el espíritu que había vitalizado el roble desde el mes de abril anterior abandonaba el árbol —y el bosque y la Naturaleza en general—; por eso, dentro del contexto ritual propiciatorio asociado al solsticio hiemal, las gentes de esos días comenzaron a adornar las *esqueléticas* ramas del roble con la intención de hacerlo más atractivo como *hogar* e incitar así al espíritu de la Naturaleza huido a volver a morar en él lo más pronto posible.

De las ramas del roble se colgaban telas de colores y piedras pintadas que actuaban a modo de amuletos propiciatorios cuyo *éxito* se hacía patente, año tras año, al lograr el regreso del espíritu de la Naturaleza, bien visible en primavera detrás del prodigioso rebrotar de las hojas, de la floración y de la maduración de los frutos.

Así pues, el ancestral y verdadero significado de los adornos que todavía hoy se cuelgan del árbol de Navidad es el de pro-



Digitalizado com CamScanner

piciar el regreso del espíritu generador de la Naturaleza que, tras hacer brotar la vida vegetal y animal, asegurará nuestra supervivencia un año más.

Si tuviésemos un mínimo de conciencia ecológica quizá podríamos llegar a comprender que nuestro futuro, como especie, no depende tanto de los grandes almacenes y de la producción agropecuaria industrializada como de ese *espíritu* —que hoy muy bien podría llamarse equilibrio bioclimático y medioambiental— cuya palpitación anual ya somos incapaces de sentir.

### De cómo el roble pagano acabó cediendo su función al abeto cristianizado

El culto al árbol, representación del espíritu fecundante de la Naturaleza, estaba tan íntima y profundamente arraigado en la conciencia popular que pudo llegar a sobrevivir incluso a los procesos de romanización y cristianización que destruyeron todas las culturas anteriores. Finalmente, con el paso de los siglos, el árbol adornado del solsticio de invierno acabó asociado a la actividad de algún personaje mítico

*El roble, árbol sagrado por excelencia en la Europa precristiana, cedió parte de su simbolismo protector al abeto y el pino, especialmente en los rituales del solsticio de invierno.*



—como el «Viejo Invierno», Santa Claus, Papá Noél, el Olentzero, etc.— encargado de la agradable labor de proveer de regalos a niños y mayores.

Pero si bien los aspectos formales más básicos y externos del ancestral culto a los árboles han podido llegar hasta nuestros días, no ha corrido la misma suerte el árbol sagrado por excelencia, el roble, que acabó perdiendo su corona real en favor de parientes lejanos tan diferentes como el abeto o el pino; así, de un símbolo de hoja caduca se pasó a otro de hoja perenne, un cambio radical que podemos intentar comprender fijándonos en las estrategias empleadas por la Iglesia católica para emprender la cristianización de los pueblos germanos ya romanizados.

Bajo el ímpetu de san Bonifacio —tal como ya mencionamos en el capítulo 1—, a partir del siglo VIII se procedió a socavar y *domesticar* todos los mitos y ritos de los germanos asociándolos a equivalentes cristianos; con este tipo de maniobras arteras se logró transformar lo que nunca dejó de ser rituales íntima y estructuralmente paganos en ceremonias aparentemente cristianas.

De este contexto procede una diversidad de pías y fantasiosas invenciones que el tiempo se encargó de convertir en tradiciones. Así, por ejemplo, para arropar el forzado cambio simbólico del roble por el abeto se intentó justificar la *superioridad* sacra del segundo sobre el primero poniendo en circulación una historia tan infantil como imposible: un roble que los germanos *paganos* creían sagrado cayó sobre un abeto —posibilidad harto difícil ya que ambos árboles crecen en hábitats muy diferentes—, pero al quedar éste «milagrosamente intacto», san Bonifacio —arzobispo de Maguncia, llamado «el apóstol de Germania» por su labor evangelizadora en Baviera, Turingia, Sajonia y Frisia— proclamó que el abeto era «el árbol del niño Jesús».

De todos modos, la elección del abeto por parte de la Iglesia católica romana no fue algo casual, ni mucho menos, ya que ésta basó su *inspiración* en antiguos mitos griegos y latinos que ya tenían a esta conífera de la familia del pino por árbol sacro.

El abeto es un antiquísimo «árbol del nacimiento» tal como lo atestigua la leyenda de que bajo sus ramas nació Tammuz-Adonis —símbolo del ciclo de la muerte y resurrección de la Vegetación—, miembro de la tríada divina de la famosa ciudad fenicia de Biblos, heredero del aún más antiguo mito del babilónico Dumûzu-Dûzu, y prototipo del Osiris predinástico de Egipto, otro dios que también fue considerado el señor de la Vegetación, que enseñó a los humanos la agricultura y que, como rey muerto y señor de ultratumba, ofrecía a sus fieles el paraíso; Osiris fue un dios salvador que garantizaba la inmortalidad y su importancia e influencia llegó a buena parte del Imperio romano.

En Grecia, el abeto estuvo consagrado a Artemisa —la Diana latina—, identificada con Selene (la Luna) o considerada como «Señora de los bosques y los animales», fue la diosa que regía la fecundidad, el parto y los nacimientos en general.



Digitalizado com CamScanner

El pino fue también el árbol asociado a la antigua Gran Diosa, la frigia Cibeles, llamada Deméter por los griegos y Ceres por los romanos, símbolo de la potencia vegetativa de la Naturaleza, *inspirada* en el modelo de la egipcia Isis y descendiente mítica de las primigenias diosas de la Generación y la Vegetación que dominaron las religiones agrarias durante todo el período neolítico. En algunos de los ritos del culto a Cibeles, los sacerdotes corrían empuñando una rama de pino que tenía piñas adornadas con cintas de colores, y en el equinoccio de primavera (21 de marzo) se talaba un pino que era llevado con gran pompa hasta su templo.

El hermoso Atis, originado en el amor no correspondido entre Zeus y Cibeles, acabó encendiendo la pasión de la diosa y ésta, presa de los celos cuando el joven pastor frigio se enamoró de la ninfa Sagaritis (o de la hija de un rey, según otras leyendas), le hizo enloquecer hasta el punto de castrarse y provocarse la muerte. Arrepentida, Cibeles le permitió resucitar anualmente bajo la forma de pino.

Según refiere Beaujeu al relatar los usos del culto a Cibeles en Roma, «un pino era abatido y transportado al templo del Palatino por una cofradía que debía a esta función su nombre de *dendroforos* (portaárboles). Este pino, envuelto como un cadáver, con cintillas de lana y enguirnaldado de violetas, representaba a Atis muerto (el esposo de la diosa): éste no era primitivamente más que el espíritu de las plantas y un muy antiguo rito de los campesinos frigios se perpetuaba, al lado del palacio de los césares, en los honores rendidos a este árbol en marzo. El día siguiente era un día de tristeza en que los fieles ayunaban y se lamentaban al lado del cuerpo del dios (...). Velada misteriosa (...) resurrección esperada (...). Se pasaba entonces súbitamente de los gritos de desesperación a un júbilo delirante. Con el renuevo de la naturaleza, Atis se despertaba de su largo sueño de muerte y, en diversiones licenciosas, mascaradas petulantes y banquetes copiosos, se daba libre curso a la alegría provocada por su retorno a la vida»[2].

Para poder comprender en su verdadero contexto y sentido esta ceremonia del pino debe tenerse presente que hasta mediados del siglo II a.C. el año civil de los romanos comenzaba en las calendas [*calendae*, avisos, el primer día] del mes de marzo, por lo que las fiestas de la última semana de febrero y principios de marzo estaban dedicadas a conmemorar el final de Año Viejo y el nacimiento del Nuevo, siendo equivalentes a las actuales de diciembre/enero.

Con la implantación del cristianismo, resulta muy obvio, una parte de este tipo de celebraciones populares acabó siendo asociada a la Navidad y otra a la Pascua, aunque sustituyendo el nombre —y la función mítica— de Atis (y del resto de dioses que, como él, nacían en el solsticio de invierno y/o resucitaban en los días de Pascua) por el de Jesús-Cristo, claro está.

También el popular dios Dionisos o Baco solía ser representado sosteniendo una piña en la mano, que era una forma de significar su superioridad sobre las



fuerzas elementales de la Naturaleza y su control sobre las potencias fecundantes de la tierra. La piña —y el pino o abeto de la que procede— simboliza la inmortalidad de la vida vegetal y animal, representa su retorno cíclico y eterno, la esperanza de que tras el duro invierno se producirá la explosión de vida primaveral que asegurará la supervivencia de los humanos.

Por otra parte, tanto el pino como el abeto son árboles asociados a Saturno, astro y dios que para los antiguos pueblos mesopotámicos —asirios y babilonios—, así como también para los primitivos romanos, estaba ligado a la función fecundadora del Sol, en especial referida a la siembra, y a la continuidad de las estaciones (y de los reinados).

Según la mitología latina, Saturno destronó a su padre Urano y sufrió el mismo destino a manos de su hijo Júpiter —al que también se asoció el roble sagrado y su simbolismo—, que finalmente perdería su supremacía divina, a ojos de los romanos, frente a dioses como Mitra o el genérico *Sol Invictus* —preponderante en el Imperio romano entre los siglos II y IV—, enésimos modelos de la antigua leyenda del dios solar joven, redentor y salvador, que aportarán el esquema mítico que, entre los siglos III y IV, dará lugar al Jesús-Cristo de la tradición cristiana[3]. En todo caso, el viejo mito del hijo que sustituye a su padre en el control del poder celestial pertenece al mismo orden del que subyace bajo fábulas de la Navidad como la del «Padre Invierno» o «Año Viejo» que es reemplazado por el «Año Nuevo», su hijo, nacido como heraldo y portador de esperanza y buenas nuevas para los humanos.

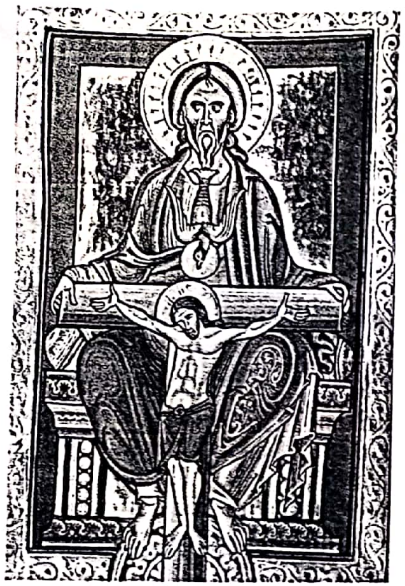
Las fiestas en honor de Saturno, las Saturnales o *Saturnalia*, se celebraban a finales de diciembre (mes que, desde la reforma del calendario hecha por Julio César en el año 45 a.C., cerraba el año) y en ellas se suprimían las diferencias sociales y se hermanaban, temporalmente —hasta

*Las piñas, desde la Antigüedad clásica, simbolizan el retorno cíclico y eterno de la vida en la Naturaleza.*

el primer día de enero—, los señores y los esclavos —un concepto que será tomado como fundamental y permanente en el posterior mensaje del cristianismo—; la alegría del pueblo se desbordaba en todas direcciones; se organizaban diversiones públicas y loterías; y las mesas de los ricos



Digitalizado com CamScanner



*La Iglesia católica asimiló la forma triangular del abeto con los tres vértices de la Trinidad.*

se llenaban de viandas para agasajar a todos los menesterosos que llamasen a sus puertas[4]. La Navidad cristiana, en este aspecto, se limitó a sustituir a Saturno por Jesús-Cristo como centro y objetivo de la celebración saturnal.

De lo dicho hasta aquí, por tanto, podemos ver que, dentro del contexto cultural latino, a principios de la Alta Edad Media, el pino y el abeto ya habían acumulado suficiente *curriculum* simbólico como para poder sustituir al indoeuropeo roble sin dejar de significar exactamente lo mismo: la inmortalidad de la vida vegetal y animal a través de los ciclos anuales de la Naturaleza, preservada gracias a la protección de los espíritus arbóreos y/o de los diferentes dioses que acabaron por representarlos.

La Iglesia católica, sin embargo, aunque se aprovechó de la fuerza y la vigencia que aún mantenía, entre el pueblo, el simbolismo sacro —y *pagano*— del abeto y del pino, no recurrió a los viejos mitos grecorromanos para justificar el paso del roble al abeto sino que se las ingenió para dotar al árbol de un nuevo significado místico más acorde con sus intereses doctrinales: la forma triangular que tiene el abeto —reveló la Iglesia a las masas sedientas de prodigios del medievo— representa la Santísima Trinidad; el extremo superior del árbol recuerda a Dios Padre y los dos inferiores a Dios Hijo y al Espíritu Santo, respectivamente. Así de simple.

De esta manera, a mediados del siglo VIII, se cortó en Alemania el primer abeto o «árbol del niño Jesús» como un elemento cultual más dentro de la celebración de la Navidad cristiana. Al principio sólo se colgaban de él dulces y frutas (manzanas principalmente)... los adornos y bolas actuales no llegarían hasta el siglo XVIII, de la mano de los sopladores de vidrio de Bohemia, creadores de los primeros talleres para fabricar adornos de vidrio para decorar el árbol navideño o *Lichter-baumschmuck*.

A pesar de la cristianización del abeto y del pino, el recuerdo de su significado ancestral nunca llegó a desaparecer totalmente de la memoria popular. Así, por ejemplo, a principios de este siglo, en Caldes de Montbui (Barcelona), aún se conservaba la antiquísima tradición del «pino de Navidad»: la vigilia del día de los Inocentes, los viejos del pueblo plantaban un pino en medio de la plaza, lo rodeaban con mucha leña y luego le prendían fuego; al formarse el brasal, los participantes, sentados a su alrededor, lanzaban piñones dentro y, al rebotar cascados por el calor, los comían mientras recordaban su juventud. El árbol y el fuego mantenían todavía su simbolismo mágico en relación con la fertilidad, la provisión de alimento y los ciclos naturales.



### La invasión pacífica que vino del norte

La expansión de la tradición del árbol de Navidad, desde los pueblos septentrionales donde evolucionó y prosperó, hasta el resto de los países europeos —y del continente americano—, fue un proceso muy lento y relativamente reciente.

Durante la última y más importante fase de las guerras de religión europeas, que enfrentó a católicos y protestantes germanos (con sus correspondientes aliados europeos) en la llamada Guerra de los Treinta Años (1618-1648), los suecos llevaron consigo su costumbre del árbol navideño hasta Alemania, donde, por otra parte, en ciudades como Estrasburgo ya era usual desde al menos el siglo XVI. De todos modos, a finales del siglo XVIII el abeto de Navidad todavía no había sido adoptado más que por una pequeña parte de los ciudadanos alemanes.

*A medida que el árbol de Navidad se ha convertido en costumbre, los vendedores de abetos y pinos han pasado a ocupar cada vez más espacio en los mercadillos navideños.*



Digitalizado com CamScanner

Tiempo después, sin embargo, la costumbre había arraigado con fuerza en Alemania, donde las familias acomodadas instalaban en su salón un abeto auténtico y las más humildes tenían uno artificial, confeccionado con un poste, clavado so-

*En el primer cuarto de este siglo, el árbol de Navidad era algo ajeno a las costumbres festivas españolas.*

bre una base de madera, en el que se instalaban tres o más estantes redondos de madera —insertados en el poste mediante un agujero central y formados por piezas de tamaños decrecientes para imitar la forma del árbol original— que servían para sostener las velas y demás decoración navideña, así como frutas y regalos.

En 1813 el árbol de Navidad penetró en Austria de la mano de la princesa de Nassau-Weilburg. En la capital de Polonia comenzó a verse desde 1820. Entre los años 1829 y 1840, desde Alemania, el árbol de Navidad se introdujo casi simultáneamente en Gran Bretaña y Francia. En Gran Bretaña lo hizo por obra del príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria. En Francia el abeto navideño fue apadrinado por la princesa Hélene de Mecklembourg, duquesa de Orleáns —que en 1840 colocó un árbol en las Tullerías—, y por las familias acomodadas protestantes originarias de Alsacia y Alemania. La emperatriz Eugenia, durante el Segundo Imperio, fue también una gran defensora de esa nueva moda.

A pesar de tan nobles defensores, sin embargo, en Francia, la tradición del árbol de Navidad siguió siendo bastante desconocida hasta después de la guerra de 1870 (que puso fin al Segundo Imperio tras la derrota infligida por Prusia y la pérdida de las regiones de Alsacia y Lorena, posteriormente recuperadas, mediante el Tratado de Versalles de 1919, después de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial).

Los alsacianos y loreneses que emigraron tras el desastre de 1870 fueron los principales artífices de la expansión del abeto navideño y, poco tiempo después, a finales de siglo, la costumbre ya se había extendido por casi todo el país desde la región campesina de la Alsacia, históricamente conectada con los pueblos centroeuropeos y sus tradiciones a través del eje del Rin.

En Alsacia el árbol de Navidad iba ligado al «gran Klaus», un anciano personaje celeste al que se representaba con luenga barba blanca, cejas gruesas y revueltas, vestido con un manto con capucha de felpa y llevando una cesta y un abeto (o más exactamente una rama de ese árbol). Se le consideraba el protector de los niños bondadosos y llamaba a la puerta de cada casa llevando la rama de abeto cargada de golosinas y juguetes en una mano y, en la otra, una vara de retama para castigar a quienes se hubiesen portado mal. Una vez recibido este personaje, entre la algarabía de los menores de cada casa, la rama de abeto era *plantada* dentro de una caja de madera, sostenida por varias piedras que eran recubiertas con musgo, se la instalaba en la estancia principal del hogar y se la decoraba con profusión.

A finales del siglo pasado, el árbol de Navidad ya era también muy común en países tan diferentes y distantes como Estados Unidos (donde había llegado de la mano de los inmigrantes nórdicos y alemanes hacia el año 1776) y Rusia —especialmente entre su clase adinerada—; en ambas partes, como en los lugares de origen de esta tradición, se adornaban las ramas del abeto con luces, flores, frutas —particularmente manzanas—, bombones, juguetes y todo tipo de regalos para los niños y adultos de la casa.

Una vez extendida por Francia, la tradición del árbol de Navidad comenzó a penetrar en España, fundamentalmente por Cataluña, a partir del primer cuarto de este siglo. Una prueba de este proceso de invasión pacífica —pero que resultó imparable— la encontramos en artículos periodísticos en los que tan aguerridos como abrumados defensores de las tradiciones locales (el belén) le plantan cara al intruso verde; así, por ejemplo, Dolors Cos, en la Navidad de 1930, se lamentaba de que «en algunos hogares con no excesiva personalidad se intenta introducir la costumbre del árbol de Noël, costumbre que en los países donde se originó, rodeado de dulces leyendas y precedido de una tradición secular tiene todas las gracias, pero aquí, hemos de confesar con sinceridad, no nos dice casi nada».

En la misma línea, casi dos décadas después, en 1948, Ramón Violant se quejaba de que en la famosa feria navideña barcelonesa de Santa Lucía, mezclado entre los puestos de venta de figuras y adornos pesebrísticos, «desde hace unos pocos años, también ha aparecido algún "árbol de Noël" —tal como lo denomina la gente—, así como algún "ramo de la suerte", de boj, acebo o muérdago, con tal de recordarnos la Navidad del país de los picos nevados y frondosos bosques de abetos, que, la verdad, estos símbolos de la Navidad nórdica desentonan mucho entre los típicos y tradicionales elementos de nuestra feria, de marcado ambiente mediterráneo»[5].

A pesar de las protestas, la moda del





Digitalizado com CamScanner

*Katharine Hepburn y Gig Young en una escena de la película* Su otra esposa. *Imágenes navideñas como ésta extendieron el uso del abeto de Navidad por los hogares españoles.*

árbol navideño, popularizada de modo indirecto, pero altamente eficaz, desde las escenas navideñas del cine norteamericano —y, en menor medida, del británico—, que era la estrella indiscutible de nuestras pantallas en esos días, acabó por imponerse como *tradición* en todas partes hasta el día de hoy.

## NOTAS

1. *Cfr.* Graves, R. (1983). *La diosa blanca.* Madrid: Alianza Editorial, pp. 236-237.
2. *Cfr.* Beaujeu, J., Defradas, J. y Le Bonniec, H. (1967). *Les grecs et les romains.* París, p. 253. En Chevalier, J. y Cheerbrant, A. (1991). *Diccionario de los símbolos.* Barcelona: Herder, p. 837.



3. *Cfr.* Rodríguez, P. (1997). *Mentiras fundamentales de la Iglesia católica.* Barcelona: Ediciones B., pp. 137-151.
4. Esta generosidad, sin embargo, era flor de un solo día, del dedicado a *Opis* (la griega Rea, identificada por los romanos con Cibeles, la Gran Madre de todos los dioses), esposa de Saturno y diosa de la abundancia. La Iglesia católica acabó borrando el recuerdo de Rea mediante su habitual estrategia de superponer en el mismo día un culto equivalente, que en este caso fue el de la advocación de la Virgen de la Esperanza (18 de diciembre).
5. *Cfr.* Violant, R. (1948). *El llibre de Nadal.* Barcelona: Imprenta de Salvador Salvadó, p. 32.



Digitalizado com CamScanner